

La vida de oración de Jesús



Wolfgang Bühne

La oración, indicador de nuestra vida espiritual	6
Introducción	6
La oración, un indicador para medir el nivel de nuestra vida espiritual	7
Índice de fuentes	9
El Señor comenzó su ministerio público orando	10
Índice de fuentes	13
La oración a solas	14
¿Cuál fue la consecuencia de las oraciones de Jesús en la soledad?	15
¿Qué podemos aprender de nuestro Señor en este sentido de cómo practicaba la oración?	15
1. El mucho trabajo no debe ser motivo para renunciar a la oración o para reducir el tiempo dedicado a ella. Todo lo contrario: ¡Cuanto más tareas y trabajo, más sosiego y oración necesitamos!	15
2. Es bueno escoger un lugar y una hora del día en que se pueda estar sin ser estorbado por nadie.	16
3. No hagas de tu tiempo devocional una demostración de tu piedad y no permitas que nazca en ti el orgullo.	17
4. Si puedes, búscate o hazte un lugar donde puedas orar regularmente.	17
Índice de fuentes	19
Perseverantes en la oración	21
Perseverar en oración; la base para que el Señor pueda bendecir nuestro trabajo en su obra	21
¿Qué podemos aprender de esto?	23
1. Antes de tomar decisiones importantes deberíamos retirarnos en quietud para orar con perseverancia a fin de conocer la voluntad de Dios.	23
2. Noches de oración - ¿las conocemos sólo de la Biblia y de los libros antiguos?	24
3. ¡No tendremos fuerza espiritual ni autoridad para la obra, si no oramos seriamente!	25
4. Así como el Señor perseveró durante la noche en oración, nosotros deberíamos ejercitarnos en orar persistente y perseverantemente.	26
Índice de fuentes	26
La oración, una condición para crecer espiritualmente	27

¿Qué podemos aprender de esto?	28
Índice de fuentes	30
La oración cambia a la persona que ora	31
La oración transforma al que ora	32
1. El ejemplo de Moisés	32
2. El ejemplo de Ana	33
3. El ejemplo de Esteban	33
La desgana y el cansancio al orar, ¿hay una salida para este dilema?	33
La persona que ora está bajo observación del diablo	34
El poder del ejemplo para producir un cambio	37
La bendición de las buenas costumbres	39
1. Nuestro Señor tenía costumbres fijas	40
2. Discipulado sin disciplina es impensable	41
Hombres y mujeres de oración en la Biblia y la historia	42
Samuel	42
Daniel	42
David	43
Pedro	43
Ejemplos de la historia de la iglesia	44
1. John Welch (1570-1622)	44
2. Juan Wesley (1703-1791)	45
3. George Whitefield (1714-1770)	45
4. Georg Müller (1805-1898)	46
5. Robert C. Chapman (1803-1902)	47
La lucha del Señor en Getsemaní	48
¿Qué podemos aprender de esto?	50
1. Reconocer la soberanía de Dios	50
2. Estar dispuesto a la lucha	50

¿Casa de oración o cueva de ladrones?	54
La iglesia de Dios, ¿una casa de oración?	55
Abogando por la reunión de oración de la iglesia	58
Por último un par de consejos	58
La forma exterior	59

Este libro ha sido publicado con
permiso de los editores en el sitio web:

www.escuelabiblica.com

La oración, indicador de nuestra vida espiritual

Introducción

“Nuestra pureza, nuestra fuerza, nuestra piedad y nuestra santidad solamente tendrán la fortaleza que tenga nuestra vida de oración”¹, afirma A. W. Tozer – y tiene razón. Por este hecho es siempre una cuestión humillante expresar pensamientos sobre el tema significativo de “la oración” o decirlo por escrito.

A pesar de que casi todos los libros de la Biblia enfatizan la enorme importancia y las serias consecuencias de la oración, y a pesar de que gran parte de la Biblia consiste exclusivamente de oraciones, lamentablemente, la oración juega casi siempre un papel secundario en nuestra propia vida y la tenemos muy descuidada.

A menudo se ha dicho que orar es la “respiración del alma”. Si esta comparación es cierta, entonces todos nosotros sufrimos, unos más y otros menos, de asma y de una falta aguda de oxígeno.

En los siglos pasados “la oración” era un tema central en la predicación, en la literatura y, sobre todo, en la vida cotidiana. Hoy en día son otros temas los que determinan nuestro pensamiento y nuestra vida. La honra de Dios, Su gloria y Su exaltación por medio de nosotros apenas son temas que nos preocupan, mientras que el hombre con sus necesidades, exigencias y problemas es lo que llena nuestras cabezas, revistas y estanterías de libros.

También los creyentes evangélicos conservadores hemos perdido en gran medida nuestro punto fijo y, con ello, nuestra orientación marcada por Dios, y estamos dando bandazos sin rumbo – empujados por la corriente tibia de nuestro tiempo – o bien estamos girando alrededor de nosotros mismos. Y así andamos en nuestra vida de oración.

Los reformadores y también los predicadores de los avivamientos de los siglos XVIII y XIX no sólo predicaron y escribieron mucho sobre la oración, sino eran también hombres de oración. Su vida de oración me ha avergonzado muchas veces y estoy agradecido por poder citar de sus escritos y transmitir sus experiencias en los capítulos que siguen.

También quiero expresar mi gratitud por el ejemplo de mis padres en cuanto a la oración. Recuerdo que todos los días, temprano por la mañana, tenían su tiempo devocional cada uno individualmente en nuestro comedor. Y todas las noches se ponían ambos sobre sus rodillas para orar juntos.

Hasta el día de hoy recuerdo el tono de voz suplicante de mi padre, cuando era yo un adolescente e intentaba de vez en cuando pasar sigilosamente por delante del comedor sin que me oyeran. Entonces oía su voz y cómo oraba por sus hijos cada uno por su nombre. En aquel entonces yo aún no tenía la nueva vida de Dios ni tenía ninguna clase de interés en seguir a Jesús, sin embargo, sentía en aquellos momentos algo de la realidad y del poder de la oración.

Pero también debo gratitud a algunos hombres que durante su vida fueron un ejemplo visible para mi esposa y para mí, retándonos y animándonos. Uno de ellos fue un hermano de la India, Bakht Singh (1903-2000), con quien tuvimos un par de encuentros muy impresionantes cuando visitó Alemania y Suiza en los años 80 con sus colaboradores. No tanto sus mensajes, sino el ejemplo de este sencillo hermano es lo que

jamás olvidaremos. Este hermano de poca apariencia, pero temeroso de Dios, fue un ejemplo en cuanto a la oración.

Luego recuerdo a un hermano anciano desconocido, pero bien conocido de mi pueblo, quien, como padre espiritual, durante muchos años oró por nosotros y con el cual – siendo yo un joven padre de familia – una y otra vez pude orar.

Este “tío Guillermo”, probado y madurado por el mucho sufrimiento, tenía en sus facciones líneas dibujadas por el Espíritu de Dios. Cuando entraba lentamente en nuestra vivienda – con el sombrero en su mano – era como si derramara una fragancia de la eternidad.

A este y a tantos otros hermanos y hermanas debo mi gratitud – pero sobre todo a nuestro Señor Jesucristo, cuya dirección benévola hizo posible estos encuentros y cuyo ejemplo en la oración me anima muchas veces a parecerme a Él también en este ministerio.

La oración, un indicador para medir el nivel de nuestra vida espiritual

“Si quieres humillar a alguien, pregúntale por su vida de oración”², opina Oswald Sanders, autor con experiencia y director de “Overseas Missionary Fellowship” en su valioso libro “Liderazgo espiritual”.

No hay otro tema que nos avergüence más y que refleje tan claramente nuestra pobreza espiritual.

Juan Wesley solía decir que no tenía en muy alta estima a un hombre que no orara cuatro horas al día. De esta forma probablemente ha sentenciado a la mayoría de nosotros – yo, al menos, no oro diariamente cuatro horas.

Leonard Ravenhill comenta muy acertadamente: “La cenicienta de la iglesia actual es la oración. Esta criada del Señor es despreciada y desechada, porque no se adorna con las joyas del intelectualismo, ni las brillantes sedas de la filosofía, ni con la impresionante tiara de la psicología. Lleva los delantales de honesta sinceridad y humildad. No teme arrodillarse. El defecto de la oración, humanamente hablando, es que no se apoya en la eficiencia mental. La oración requiere una sola cosa: espiritualidad. No se necesita indispensablemente la espiritualidad para predicar, esto es, para dar sermones con perfección homilética y exactitud de exégesis. La predicación toca a los hombres, la oración toca a Dios. La predicación afecta al tiempo, la oración a la eternidad. El púlpito puede ser un escaparate para exhibir nuestros talentos; la oración significa lo contrario al exhibicionismo.”³

También el conocido predicador y autor Martyn Lloyd-Jones confesó referente a la importancia de la oración: “A esta cuestión me acerco con gran recato y el sentimiento de total indignidad. Supongo que todos nosotros fallamos en este punto más que en ningún otro lugar.”⁴

Nuestra vida de oración – personal y como iglesia – es el indicador para medir el nivel de nuestra vida espiritual. En ninguna otra parte se hace más evidente nuestra sequía espiritual y nuestra debilidad.

“Ningún hombre es más grande que su vida de oración”⁵, y podríamos añadir: “y ninguna iglesia es más grande que su culto de oración”. Lamentablemente observamos a menudo lo siguiente en las iglesias:

- ¡No hay actividad en la iglesia peor visitada que el culto de oración semanal!

- A menudo ni siquiera los dirigentes responsables de la iglesia están regularmente presentes.
- Raras veces hay allí hermanos jóvenes, y si los hay, son pocos.
- En algunas partes el culto de oración está en peligro de extinción – o ha sido ya suprimido por falta de interés.

¿Qué remedio hay para esta fatiga o indiferencia en cuanto a la oración?

Libros, charlas, conferencias y seminarios sobre este tema seguramente pueden ser una ayuda. Pero el estímulo y la orientación más eficaz la hallamos en el ejemplo de nuestro Señor.

En la Epístola a los Efesios, capítulo 5:1 se nos exhorta a ser “*imitadores*” de Dios como “*hijos amados*”. La palabra del texto original griego es una palabra derivada de “mimo”, tal y como la hallamos en la palabra “pantomima”. Un imitador bueno y convincente se identifica totalmente con la persona que quiere imitar. Le fascina la persona que imita; la ha observado cuidadosamente y la ha estudiado y entonces es capaz de imitar más o menos bien su comportamiento.

En (1 Jn 2:6) leemos que “*debemos andar como él [nuestro Señor] anduvo*”.

Su vida – y con ella también Su vida de oración – es, por lo tanto, ejemplo y pauta para nuestra vida de oración. Si estudiamos la vida práctica de nuestro Señor en los Evangelios, meditando sobre sus costumbres a la hora de orar, entonces el ejemplo de nuestro Señor y el amor hacia Él nos estimulará más que cualquier otra cosa a “imitarlo” y llegar a parecernos más a Él por ello (2 Co 3:18).

Por eso consideraremos en los siguientes capítulos algunas escenas de la vida de oración del Señor, descritas especialmente por Lucas en sus amplios relatos. Son siete escenas en las que el Señor oró y en las que también hallamos descritos el entorno y la ocasión concreta que motivaron sus oraciones.

Es sabido que el evangelio de Lucas describe al Señor como “verdadero hombre”. Nos causa impresión cómo Lucas, el médico filántropo describe los sentimientos del Señor, sus costumbres, las circunstancias de su vida, su pobreza, su compasión y su amor hacia las personas.

Lucas tenía el mandato de describir a Jesús como hombre perfecto, libre de pecado – un hombre, como Dios lo había imaginado y que en todos los aspectos vivió para la honra y el gozo de Él.

Mateo sólo describe dos escenas en las que Jesús ora, Marcos describe tres. Juan, aunque ha escrito el contenido de algunas oraciones del Señor, no usa la palabra “oración” y tampoco indica las circunstancias exteriores de los diálogos con su Padre.

Con razón se ha calificado al Evangelio de Lucas como el “Evangelio del discipulado”, en el que el Señor nos presenta la imagen ideal de un discípulo, para imitarlo. Seguramente esto también es una razón por la cual el Espíritu Santo inspiró a Lucas para que nos narrara ampliamente la vida de oración de Jesús, para que fuese un ejemplo ilustrativo para nosotros.

Es sabido que es más fácil “seguir pisadas que obedecer órdenes”. Por eso esperamos que este comentario sobre la vida de oración de nuestro Señor, y también los ejemplos de la Biblia y de la historia de la Iglesia, no actúen como “mandatos” ni sean desalentadores, sino más bien como “pisadas” que despierten en el corazón el deseo de seguirlas, aunque nuestros pasos sean bastante más cortos.

“Lo que quisiera apremiaros es a estudiar a Cristo, de modo que podamos ser aquí como Él. No hay nada que llene más el alma de bendición y aliento, o que santifique hasta tal punto; nada que dé hasta tal punto la conciencia viva del amor divino y que infunda tal valor. Que el Señor nos conceda, mientras reposamos en Su preciosa sangre, el ir y contemplarlo, el alimentarnos de él y vivir por Él.”⁶

Índice de fuentes

¹ A. W. Tozer, Fundado en la Palabra, ardiendo en el Espíritu (Hamburg: Verlag C. M. Fliß, 2007), pág. 40.

² Oswald Sanders, Liderazgo espiritual, (Bielefeld: CMV-Verlag, 2003) Pág 74

³ Leonard Ravenhill, Porqué no llega el avivamiento

⁴ D.M. Lloyd-Jones, Die Predigt und der Prediger [La predicación y el predicador] (Waldems, 3L Verlag, 2005) pág. 177

⁵ Leonard Ravenhill, Porqué no llega el avivamiento

⁶ J. N. Darby, Porciones para peregrinos, Decimonovena Semana

El Señor comenzó su ministerio público orando

(Lc 3:21-22) “Y aconteció que, como todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido.”

Jesús, el Hijo de Dios, es bautizado en el Jordán y comienza de esta forma su ministerio público. Juan el Bautista lo había anunciado y ahora Él hace cola entre la multitud de israelitas que se habían arrepentido por la predicación de Juan y oraban confesando sus pecados antes de ser bautizados (**Mr 1:5**).

El Hijo de Dios, perfecto y exento de pecado, no tenía pecados que confesar. Pero, a pesar de ello, Lucas nos cuenta que oró en ocasión de su bautismo.

Ningún otro evangelista menciona este detalle, lo cual parece indicar que el Espíritu Santo quería hacernos ver que el ministerio público de nuestro Señor comenzó con obediencia y oración.

Dios como hombre sobre la tierra y orando, ¡qué condescendencia! ¡Cuánto nos avergüenza esta humildad!

Lucas es el único evangelista que ha relatado no sólo la primera, sino también la última oración de Jesús antes de su muerte: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”* (**Lc 23:46**).

El ministerio de nuestro Señor comenzó con oración y terminó con oración. Su obra estaba enmarcada por la oración y mostraba una total dependencia de su Padre.

La raíz de todo pecado es la propia voluntad, la independencia y la realización personal. La primera frase del diablo que la Biblia nos transmite es: *“¿De veras ha dicho Dios...?”* (**Gn 3:1**); y lo primero que dice el faraón de Egipto, el opresor del pueblo de Dios, refleja arrogancia y altivez: *“¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?”* (**Ex 5:2**).

Pero aquí, a orillas del Jordán, vemos al Creador y sustentador de todo ser viviente comenzando con humilde oración el camino difícil que terminará en la cruz del Gólgota.

“¿Quién este amor sondear nos diera?

De Dios el Hijo, el Creador

para el perdido en esta tierra

Siervo humilde y buen Pastor.” (Henri Rossier)

Mientras las personas a orillas del Jordán no vislumbraban ni comprendían la importancia de esta escena, Dios no pudo callar ante ella. El cielo se abrió y el Espíritu Santo descendió sobre Él *“en forma corporal, como paloma”*. Y se oyó la voz de Dios: *“Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido”*.

El gozo que el Padre expresa por su Hijo y la confirmación del Espíritu Santo que descendió sobre Él en forma de una paloma, símbolo de pureza, sencillez e inocencia, nos muestra a nosotros, los que seguimos a Jesús, la disposición y el comportamiento que Dios confirma y bendice.

Por supuesto, nuestro Señor tenía el Espíritu Santo en todo momento en su interior y es un error el que algunos predicadores enseñen que aquí está el “*bautismo en el Espíritu*” de Jesús.

Quizá nos ayude una figura del Antiguo Testamento para entender correctamente el significado de esta escena: En las leyes de las ofrendas de (**Lv 2:1-10**) vemos que la oblación debía consistir de harina fina, aceite e incienso. Debía ser una ofrenda “*amasada*” con aceite y cocida al horno, o tortas “*untadas*” (ungidas) con aceite. No es difícil descubrir el significado tipológico: La harina fina refleja la pureza y perfección moral de nuestro Señor y del aceite se sabe ya que es una figura del Espíritu Santo, mientras el incienso habla de entrega y dedicación. Así, en el Señor Jesús como hombre, habitaba el Espíritu Santo (“*idéntico a Él*”); pero, al mismo tiempo, estaba “*ungido*” por Él, lo cual se hizo visible para todos los presentes en el bautismo, cuando descendió el Espíritu Santo en forma de paloma.

Quizá hallamos aquí también el cumplimiento de las profecías de:

(Is 42:1) “He aquí mi siervo, yo lo sostendré; mi escogido en quien mi alma toma contentamiento: he puesto sobre él mi espíritu, dará juicio a las gentes.”

(Sal 89:20-21) “Hallé a David mi siervo; lo ungué con mi santa unción. Mi mano estará siempre con él, mi brazo también lo fortalecerá.”

En el Antiguo Testamento el hecho de ungir a un rey, un sacerdote o un profeta era la confirmación pública o la instauración para una misión especial. Y esto precisamente es lo que ocurrió aquí en la vida de Jesús después de su bautismo. Dios confirmó la misión y la autorización de su Hijo con una señal visible para todos los presentes.

Como discípulos de Jesús, ¿qué podemos aprender de estas observaciones?

1. Una vida fructífera para gloria y gozo de Dios y de bendición para nuestros prójimos, debería comenzar y terminar con oración, como señal de nuestra dependencia de Dios. Cada día, cada cometido, toda nuestra vida, debería estar enmarcada por la oración.

Cuán valioso es el consejo enfático de C. H. Spurgeon: “No veas a nadie, hasta que no hayas estado en la presencia de Dios. No hables con nadie, hasta que no hayas hablado con el Altísimo. No salgas a tu trabajo, hasta que no hayas ceñido tus lomos con el cinturón de la devoción, para que tu obra te salga bien. No comiences la carrera, hasta que no hayas apartado todo peso mediante la oración, de otra forma perderás la competición.”⁷

“Cada día de mi vida

déjame mostrar

toda gracia recibida

en todo lugar

que se vea por mi hablar y callar

que tu mano todo puede transformar.” (W. Kilp)

Los biógrafos del conocido explorador de África y misionero David Livingstone (1813-1873) relatan cómo, en las ciénagas de Ilala (Zambia), completamente desfallecido, sufriendo de úlceras y hemorragias internas, tuvo que ser llevado por sus ayudantes en una camilla. Para la noche le hicieron una cabaña para protegerlo contra la llovizna. Frente a la entrada de la cabaña pusieron a un chico, para que pudiera oírlo si llamaba. Cuando este chico entró a las cuatro de la mañana para ver cómo se encontraba, el

misionero no estaba en la camilla, sino arrodillado delante de ella. Lleno de preocupación y temor llamó a los otros colaboradores que se acercaron con temor a la figura arrodillada. Profundamente impactados, se dieron cuenta de que Livingstone ya estaba frío y rígido. David Livingstone había terminado de rodillas su gran misión en el corazón de África y había pasado a la eternidad orando, como su gran Maestro, solo, pero no abandonado.

Pocas semanas antes, en su último cumpleaños, había escrito en su diario: “Mi Jesús, mi Rey, mi Todo; nuevamente te entrego toda mi vida. Acéptame y concédeme, oh Padre digno, concluir mi tarea antes de que pase este año. Esto te pido en el nombre de Jesús. Amén y que así sea.”⁸

2. Donde se ora con seriedad, se abre el cielo y Dios reconoce nuestro servicio y contesta nuestras oraciones, a veces de manera impresionante.

En **(Hch 4:23-31)** leemos acerca del primer culto de oración de la joven iglesia en Jerusalén. Los principales judíos con sus ancianos y sacerdotes habían amenazado e intimidado a Pedro y Juan, después de su predicación del evangelio y su llamamiento al arrepentimiento, para que en ninguna manera hablaran ni enseñaran en el Nombre de Jesús “a hombre alguno” **(Hch 4:17)**. Después de contar delante de la iglesia reunida sus vivencias y la prohibición de hablar, empezaron a orar unánimes. Y Dios respondió sus oraciones:

(Hch 4:31) *“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron la palabra de Dios con confianza.”*

¿Hemos tenido alguna vez una experiencia parecida, personalmente o como iglesia? ¿Hubo y hay en nuestras reuniones de oración momentos, en los que el Espíritu Santo puede desencadenar “movimientos” capacitándonos con fuerza espiritual para nuestras tareas evangelísticas o de otra índole? ¿O, por el contrario, nuestras reuniones de oración se caracterizan por el cansancio, la rutina y el aburrimiento adormecedor, donde hay que despertar a ciertos hermanos, después de haberse levantado de la oración los demás, como lo he vivido yo en mi juventud? (Esta desagradable situación ya no ocurre más allí, porque se ha suprimido el culto de oración semanal por falta de interés, siendo sustituido por reuniones en los hogares).

El “*ser llenos del Espíritu Santo*” no debería ser un tema intocable para nosotros, sólo por el hecho de que ciertos círculos han abusado de ello y lo han manipulado. El Nuevo Testamento nos exhorta a crear las condiciones para que esto ocurra **(Ef 5:18-21)**.

Es triste, si estas experiencias las conocemos solamente de haberlas leído en libros o relatos misioneros.

El “Gran Avivamiento” en Inglaterra y América casi siempre se ve relacionado con el 1 de enero de 1739. En ese día Jorge Whitefield, Juan y Carlos Wesley, otros cuatro metodistas de Londres y 60 hermanos de Herrnhut, estaban reunidos en una cena fraternal, en la sociedad londinense de “Fetter Lane”. Juan Wesley relata en su diario lo que ocurrió en ese día notable:

“Eran cerca de las tres de la mañana y nosotros continuábamos perseverando en nuestras oraciones, cuando nos sobrevino el poder de Dios de tal manera, que muchos lloraron de gozo, y otros de los presentes cayeron al suelo. Luego, cuando pasó un poco el temor y la sorpresa que sentimos en la presencia palpable de Dios, exclamamos a una sola voz: Te alabamos, oh Dios. Reconocemos que tú eres el Señor.”⁹

Tres días más tarde se llevó a cabo otro encuentro y Jorge Whitefield anotó en su diario:

“Perseveramos en ayuno y oración hasta las tres y nos despedimos con la firme convicción de que Dios iba a hacer grandes cosas entre nosotros.”¹⁰

En las semanas que siguieron, Dios dio un avivamiento, primero en Inglaterra y luego en América. Jorge Whitefield y luego Juan Wesley predicaban el Evangelio a veces a más de 30.000 y 50.000 oyentes al aire libre.

El Espíritu de Dios pudo obrar tan poderosamente en aquel entonces, que no sólo miles de personas se convirtieron, sino las condiciones sociales, la moral y la política cambiaron de forma duradera.

Índice de fuentes

⁷ C. H. Spurgeon, Wachet und betet [Velad y orad], Aßlar: Schulte & Gerth, 1980)

⁸ J. Waters, David Livingstone (Holzgerlingen: SCM Hänssler, 1977) pag. 237

⁹ John Wesley, Das Tagebuch John Wesleys, [El diario de Juan Wesley] (Holzgerlingen: SCM Hänssler, 2000) pág. 74

¹⁰ Benedikt Peters, George Whitefield, (Bielefeld: CLV, 1997) pág. 85

La oración a solas

(Lc 5:15-16) “Sin embargo, su fama se extendía cada vez más, y se juntaban a él muchas multitudes para oírle y para ser sanadas de sus enfermedades. Pero él se apartaba a los lugares desiertos y oraba.”

Después de ser bautizado en el Jordán, Jesús fue “*lleno del Espíritu Santo*” y fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado del diablo (Lc 4:1-2). Cuarenta días estuvo en ese entorno espantoso llevado de acá para allá y “*tentado por el diablo*”. Pero cada punto de la táctica sutil satánica fracasó, porque el Señor no tenía pecado y era fiel. Cuando Satanás, fracasado y vencido, se marchó “*por un tiempo*” (Lc 4:13), el Señor volvió a Galilea “*en el poder del Espíritu*” (Lc 4:14).

En los versículos que siguen leemos cómo venían las gentes de Capernaum y las ciudades de alrededor para “*oírle y ser sanados de sus enfermedades*”. Podríamos poner como título aquí: “Avivamiento en Galilea”. Hasta de Judea y de Jerusalén venían las multitudes, a pesar de que suponía varios días de camino (Lc 5:17). Y entre ellos estaban también los teólogos de su tiempo, que querían escuchar al predicador de Nazaret y ver sus milagros.

Se levantaban olas de entusiasmo. Ya se había corrido la voz en todo el país del poder de sus palabras y también sus milagros. Hoy diríamos que las puertas estaban abiertas de par en par para el evangelio. Posiblemente algunos de sus discípulos, entusiasmados, se frotarían las manos con satisfacción opinando que “Al hierro candente, batir de repente”. Visto estratégicamente, las condiciones para la evangelización no podían ser mejores.

Pero, precisamente entonces, la Biblia nos dice que el Señor Jesús no aprovechó este momento tan favorable. No se dejó impulsar por el “viento en popa” de las oportunidades favorables y de su popularidad. Y tampoco lo hace hoy. Se retiró al silencio y a la soledad del desierto para orar. La Versión de Lutero (1912) traduce este pasaje así “*más él se evadió*”, lo cual expresa que sin llamar la atención se apartó conscientemente del ruido y del gentío para orar. No hizo de su fidelidad en la oración una demostración o provocación, sino que se “*retiró discretamente*”.

Esta actitud también la vemos claramente en (Mr 1:35), donde Marcos nos narra que “*levantándose muy de mañana, aún muy de noche, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba*”.

En esta ocasión, también se alejó de la multitud que lo buscaba. Pero parece que en medio de la noche también se alejó de forma “inadvertida” de sus discípulos que estaban durmiendo, para buscar la conversación con su Padre hasta rayar el alba.

Naturalmente nos surgen las preguntas: ¿Qué necesidad tenía el Señor de eso? ¿No vivía en contacto constante con el Padre y en una actitud de oración con Él? ¿No eran sus palabras éstas: “*yo oraba [siempre]*”? (Sal 109:4).

El caso es que nuestro Señor, siendo verdadero Dios y hombre perfecto, buscaba el silencio y la soledad para poder hablar con el Padre tranquilamente y sin ser estorbado por nadie. ¡Qué vergüenza debió causar este ejemplo a los discípulos de entonces y también a los de hoy en día!

Siendo nosotros seguidores tan débiles y pecaminosos, ¡cuánta más necesidad tenemos de buscar y cultivar con todo ahínco tiempos de comunión con Dios en oración!

¿Cuál fue la consecuencia de las oraciones de Jesús en la soledad?

Justo después de narrarnos el tiempo de oración que tuvo Jesús, Lucas nos cuenta que los fariseos y doctores de la ley *“habían venido de todas las aldeas de Galilea y Judea y Jerusalén”*, para escuchar la enseñanza de Jesús. Atentos y al mismo tiempo con actitud crítica estaban sentados delante de Él y fueron testigos de que *“el poder del Señor estaba con él para sanar”* (Lc 5:17).

Aquí vemos de nuevo claramente la correlación entre la oración intensa en secreto y el poder espiritual en público.

Y yo me pregunto si los muchos casos de hermanos dotados que han agotado sus fuerzas y sufren hoy en día de burnout o síndrome del quemado, podrían haber evitado esta situación, si durante el día hubiesen planeado un tiempo de comunión con Dios a solas, y lo hubiesen realizado costase lo que costase.

¿Qué podemos aprender de nuestro Señor en este sentido de cómo practicaba la oración?

1. El mucho trabajo no debe ser motivo para renunciar a la oración o para reducir el tiempo dedicado a ella. Todo lo contrario: ¡Cuanto más tareas y trabajo, más sosiego y oración necesitamos!

A Martín Lutero le preguntaron una vez cómo sería su día de trabajo al día siguiente, a lo cual respondió: “Trabajo, trabajo de sol a sol. En verdad, tengo tanto que hacer, que pasaré las primeras tres horas en oración.”¹²

Para Lutero, el mucho trabajo no era un argumento para restringir el tiempo de oración, ¡todo lo contrario!

Jorge Whitefield (1714-1770), a sus 23 años era un predicador tan popular y apreciado en Londres que “ya no podía ir a pie como acostumbraba”, sino que tenía que dejarse llevar en un carruaje, para “eludir las aclamaciones y hosanas de las multitudes.”¹³

Uno de sus biógrafos escribió de él: “Su nombre estaba en boca de todos. Miles y diez miles preguntaban por él. Su posición era peligrosa. Su popularidad para con las grandes multitudes podrían haberlo arruinado, pero la gracia de Dios lo guardó”.¹⁴

Pero el 8 de enero de 1738 dio las espaldas a las multitudes de Londres y se embarcó en un barco de vela en el que cruzaría el Atlántico y el cual lo llevaría a Georgia (Estados Unidos). El viaje que entonces duraba meses y estaba lleno de peligros, lo empleó para distribuir las horas del día estrictamente y reservar varias horas para la comunión con Dios en oración y para leer la Biblia, lo cual hizo hasta su muerte siempre de rodillas.

El día de su partida anotó en su diario: “El que no esté dispuesto a ocultarse, cuando Dios lo pide, después de haber estado en el centro de la atención pública, no merece llevar el nombre de cristiano.”¹⁵

Por mi propia experiencia debo confesar que precisamente en los períodos de mucha actividad y estrés “para el Señor”, por ejemplo, durante la época de campamentos, conferencias, campañas misioneras, etc., mi tiempo reservado para la oración salía perdiendo. A veces, incluso, quedó suspendido por completo.

Precisamente los cometidos que requieren gran fuerza espiritual no los preparamos mediante la quietud intensa delante del Señor ni quedan marcados por ella. Lo que ningún deportista de competición se podría permitir, a saber, ir a la competición agotado y famélico, nos lo permitimos nosotros, los siervos de Dios. Y después nos maravillamos y quejamos por no haber tenido bendición y victoria. Es paradójico, ¡pero es la triste verdad!

A. W. Tozer escribió: “Ten cuidado de orar más que predicar. Pásate más tiempo con Dios a solas que con las personas públicamente. Mantén tu corazón abierto para el Espíritu de Dios, para que te pueda influenciar. Cuida más la relación con Dios que la amistad con las personas. Entonces siempre tendrás suficiente pan para los hambrientos.”¹⁶

2. Es bueno escoger un lugar y una hora del día en que se pueda estar sin ser estorbado por nadie.

Si preguntamos a los creyentes por las razones que les impiden tomarse más tiempo para la oración, la mayoría de ellos responden: “Por falta de calma interior y exterior”.

Nuestro Señor escogió lugares solitarios como el desierto o un “lugar desierto” o el Monte de los Olivos, para retirarse a orar. Casi siempre lo hacía muy temprano por la mañana “cuando aún era muy de noche”. Es decir, un lugar y una hora del día que excluían ampliamente estorbos exteriores, siendo al mismo tiempo la mejor condición para que el alma pudiera tener calma.

Los personajes de la Biblia, y también de la historia de la Iglesia, parecen coincidir en el hecho de que levantarse temprano para poder orar con toda tranquilidad antes de empezar el trabajo, conlleva una bendición especial. El refrán “al que madruga, Dios lo ayuda” refleja una gran verdad.

Tenemos un gran ejemplo en nuestro Señor. Pero también es interesante estudiar, qué personas de la Biblia han sacado buen provecho de su “tiempo devocional” por la mañana. Leemos una y otra vez de Abraham, Moisés, Gedeón y Samuel que se levantaban temprano, para buscar a Dios en oración, o para obedecer a Dios.

Lo leemos también de David en varios lugares de los libros de Samuel. Él mismo describe en los Salmos sus costumbres y experiencias con la oración al comienzo del día:

(Sal 119:147-148) *“Me anticipé al alba, y clamé; esperé en tu palabra. Se anticiparon mis ojos a las vigiliass de la noche, para meditar en tus mandatos.”*

(Sal 5:3) *“Oh Jehová, de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré a ti, y esperaré.”*

En el desierto de Judá, David oró:

(Sal 63:1) *“DIOS, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré.”*

Watchman Nee opina así, instigando un poco: “La vida cristiana enfermiza que predomina hoy entre los hijos de Dios, no es tanto debido a graves problemas, sino debido al hecho de que no se madruga. No conozco a nadie que viva cerca del Señor, que se levante tarde”.¹⁷

Por supuesto, no debemos ni queremos hacer una ley de estas observaciones, ni ejercer presión sobre las conciencias. Hay creyentes quienes, por motivos del trabajo, por su salud u otras circunstancias, no pueden buscar el encuentro con Dios por la mañana.

Cuando nuestros siete hijos aún eran pequeños, no era fácil para mi esposa Ulla hallar el momento para leer la Biblia y orar con tranquilidad en medio del ajetreo cotidiano. Lo que hacía era ocultar su cabeza debajo de una manta o paño en algún momento del día, y entonces los niños ya sabían que mamá se encontraba en su “cuartito de oración”. Todos

sabían que no debían molestarla por algún tiempo, y se esforzaban en ser más considerados, hacer menos ruido y aplazar sus rivalidades para más tarde.

Hay madres que tienen un juguete muy especial que dan a sus niños, cuando quieren tomarse su tiempo devocional; o bien les ponen un CD muy querido. Otras desaparecen en la alcoba, o si no hay otro remedio, se meten al cuarto de baño. Algunas leen el texto bíblico en alta voz, de forma que los niños también puedan beneficiarse. Eso variará según la edad, el carácter y las circunstancias, y al principio no será fácil acostumbrar a los niños a ello. Pero cuando se haya convertido en una costumbre fija, será de mucha ayuda y con toda seguridad será un buen ejemplo para los hijos.

Todos aquellos que pueden planear el transcurso del día bajo circunstancias normales, deberían hacer caso de los consejos de John Piper. Esta cita es de su libro: “Cuando el gozo se ha desvanecido”: “La disciplina para levantarse temprano no es tan difícil como la disciplina de acostarse. Antes esto no era así. Cuando no existía la electricidad, ni la radio, ni la televisión, ni el internet, no era difícil acostarse poco después de haberse hecho de noche. No había mucho que hacer. Hoy en cambio, tenemos que luchar contra la fuerte tentación de quedarnos despiertos y tener diversión. Por eso tenemos que emprender la lucha contra el cansancio que nos vence por la mañana al abrir nuestra Biblia, y esa lucha hay que pelearla por la noche, no por la mañana. Cuando hayas decidido la hora en que el despertador te llame a la oración, tienes que decidir la hora en que te vas a acostar, para que no estés rendido cuando suene el despertador. Si necesitas alguna cantidad de cafeína para no dormirte por la mañana, eso lo dejaré a tu conciencia. Quizá por eso Dios creó el café. Si lo usamos para no dormirnos durante la oración, entonces lo habremos empleado bien. Es mejor que tomarlo para quedarse despierto para tantas otras cosas.”¹⁸

3. No hagas de tu tiempo devocional una demostración de tu piedad y no permitas que nazca en ti el orgullo.

Recordemos que el Señor se apartó inadvertidamente, sin llamar la atención, para orar en un lugar desierto y tranquilo. Él practicaba lo que había enseñado a sus discípulos en **(Mt 6:5-6)** sobre la oración pública: no hacerlo como los hipócritas que oran en lugares públicos para ser vistos y admirados, sino en un cuarto a puerta cerrada, “en secreto”.

No sería bueno, por ejemplo, durante una campaña misionera o un retiro, hacer sonar el despertador a las cinco de la mañana con gran estruendo, levantarse de la cama apresuradamente, abrir la Biblia con mucho ruido y caer aparatosamente sobre sus rodillas, para demostrar al compañero de cuarto “poco espiritual” la propia devoción y **causarle una mala conciencia.**

Los que de esta manera, u otra parecida, ponen en un escaparate su “devoción”, no deben asombrarse si tarde o temprano le es quitada.

4. Si puedes, búscate o hazte un lugar donde puedas orar regularmente.

Leemos de nuestro Señor Jesús que tenía la costumbre de retirarse al Monte de los Olivos. A veces incluso dormía allí **(Lc 21:37)** y allí también tenía un sitio determinado donde acostumbraba orar **(Lc 22:39-40)**.

Naturalmente, nuestra vida de oración no debe depender de nuestro entorno. No obstante, puede ser de ayuda tener un lugar que nos sea familiar, donde no puedan distraernos el teléfono móvil o fijo, el internet, y los muchos aparatos o circunstancias, para poder hallar la calma interior y exterior, para derramar nuestro corazón ante Dios, o adorarlo.

En mi caso, un viejo sillón de mi suegro en mi cuarto de trabajo es testigo silencioso de mis preocupaciones, alegrías y motivos de oración. Otros tendrán un rincón familiar en el comedor, en la cocina, en el sótano, en el desván o en cualquier parte al aire libre, donde tengan su tiempo devocional.

John Piper nuevamente nos da valiosos consejos: “No pienses que el lugar tiene que ser cómodo, porque un lugar cómodo nos invitará a dormirnos. Tiene que ser un cuarto separado para que nada te distraiga y para que puedas hablar en alta voz, cantar y llorar. Tarde o temprano llorarás; cuando luches por el alma de tu hijo adolescente, o pelees por tu matrimonio, o trabajes arduamente por acabar con el orgullo en tu vida. Tienes que estar solo.”¹⁹

David Brainerd (1718-1747) fue uno de los primeros misioneros que se atrevió a ir solo a las tribus de indios de América del Norte, para aprender su lengua, vivir entre ellos y predicarles el Evangelio. Durante su corta vida sufrió de varias enfermedades. Tuvo temporadas de gran desaliento, vivió recaídas en su trabajo, pero también períodos de bendecido avivamiento. Su diario es el legado que nos ha dejado y para muchos misioneros ha sido y es un reto decisivo para dedicar su vida al Señor. Es un testimonio de cómo este hombre practicó una vida de oración intensa. Él también tenía un lugar en el bosque donde acostumbraba a ir y orar. Su diario nos lo cuenta:

“28 de junio de 1744: Pasé la mañana leyendo varios pasajes de la Sagrada Escritura y en ferviente oración a favor de los indios, para que Dios estableciera su Reino en medio de ellos y los hiciera entrar en su Iglesia. Hacia las nueve me retiré a mi lugar acostumbrado en el bosque, y allí disfruté de nuevo de alguna ayuda en la oración. Mi gran preocupación era la conversión de los paganos a Dios y el Señor me ayudó a implorar a favor de ella. Hacia el mediodía fui cabalgando hasta el poblado de los indios, a fin de predicarles, y en el camino mi corazón se elevó a Dios en oración a favor de ellos. Pude decirle libremente a Dios que Él sabía que la causa en la cual estaba ocupado no era mía, sino que era su propia causa, y que sería para su gloria la conversión de los pobres indios.”²⁰

De Brainerd se cuenta también la siguiente historia: Brainerd sentía que debía llevar el Evangelio a una tribu salvaje de indios que habitaban en los bosques casi impenetrables para los demás hombres de aquel tiempo. Los amigos del misionero le dijeron que era cierto que jamás volvería con vida; con todo, él resolvió ir. Llevó consigo una pequeña tienda de campaña en la que dormía. Después de muchos días de viaje se acercó al pueblo o campamento principal de la tribu, y entonces se detuvo para orar a Dios y suplicar su bendición sobre los indios a los cuales deseaba llevar el Evangelio de salvación. El misionero creía que ningún ojo lo veía sino el de Dios; pero los cazadores indios lo habían visto cuando plantaba su tienda y se apresuraron a ir al poblado para informar al jefe de la tribu que un hombre blanco estaba cerca. En seguida se celebró un consejo y se acordó que el hombre blanco debía ser muerto y desollado su cráneo, costumbre que tenían los indios con los enemigos que mataban. Acto seguido cierto número de indios fueron al lugar donde el misionero había ido y aguardaron a corta distancia en acecho esperando el momento cuando vieran salir al hombre blanco de la tienda. Pero como Brainerd continuaba largo tiempo en oración a Dios, los indios perdieron la paciencia, se acercaron a la misma tienda, y mirando de soslayo lo vieron de rodillas y creyeron oírlo hablar con alguien, por lo cual no se atrevieron a hacerle ningún mal. En aquel momento vieron que una gran serpiente de cascabel lentamente metía su cabeza por debajo de la tienda del misionero, y vieron cómo se irguió para acometerlo, disponiéndose para clavar sus colmillos en su cerviz. De repente, la terrible serpiente se retiró como si obedeciera una consigna divina, y desistiendo de su atentado mortal, se escurrió por el lado opuesto por el que había entrado en la tienda. Los indios se quedaron

pasmados, y lentamente se retiraron para juntarse con sus compañeros y contarles todo lo que habían visto. Entretanto Brainerd estaba tan entregado a la oración que nada sabía de la visita de la serpiente ni de los cazadores que habían ido para matarlo. Le parecía a él como si oyese a Dios que le decía: *“Mi rostro irá contigo”*. Se levantó de la oración y tomó el camino hacia el pueblo, llevando su Biblia en la mano. Para sorpresa suya vio a todo el pueblo salir a su encuentro, pero no para matarlo sino para saludarlo. Lo recibieron con el mayor respeto, comoteniéndolo bajo la protección del Gran Espíritu, y convencidos de que, en lugar de mostrarse hostiles a un hombre a quien Dios había guardado del veneno de la serpiente de cascabel, debían hacer la paz con él. Escucharon su predicación y algunos de ellos mostraron disposición de hacer caso de sus súplicas por las que les exhortaba a reconciliarse con Dios, aceptando la salvación por medio de Jesucristo. En los días siguientes vio cómo la tribu fue transformada por medio del evangelio de la gracia de Dios y cómo ésta obedeció al evangelio con una fe genuina.

Adoniram Judson (1813-1873), primer misionero en Birmania, tuvo que sufrir oposición, enemistad y odio increíble por parte de los birmanos. Fue torturado, flagelado y querían dejarlo morir de hambre. Fue enjaulado como un animal y ya estaba decidida la fecha de su ejecución. Pero él tenía en la jungla una pequeña cabaña, adonde se retiraba a veces durante días enteros para recibir nueva confianza, nuevo gozo y nuevas fuerzas en la soledad delante de Dios.

Este misionero experimentado en el sufrimiento transmitió algunos consejos a sus compañeros de armas en la obra misionera: “Organiza tu trabajo de tal forma que sin problema puedas dedicar dos o tres horas diarias no sólo al tiempo devocional general, sino especialmente a la oración personal y la comunión con Dios. Sé consecuente cuando se trate de la causa de Dios. Sacrificate donde puedas, para poder tener tus horas de oración. Piensa que tu tiempo es corto y que el trabajo y el entorno no deben robarte a tu Dios.”

Leemos en la biografía del conocido predicador y autor A. W. Tozer (1897-1963), que gran parte de su amplio tiempo de oración lo pasaba en su oficina de la iglesia. Sus únicos acompañantes eran su Biblia y sus himnarios.

“Colgaba el pantalón de su traje cuidadosamente en una percha y se ponía su jersey y su “pantalón de oración” roto y se sentaba un rato en su sofá anticuado. Después dejaba el sofá y se ponía de rodillas y al final se echaba en el suelo con la cara para abajo y cantaba himnos de alabanza al León de Judá. Nadie tenía la osadía de molestarlo en estos ratos de comunión íntima con Aquel a quien amaba su alma. Pero alguna vez subía las escaleras a su oficina uno de sus cercanos y lo veía accidentalmente en el sofá o en el suelo, donde no se enteraba de nada a su alrededor, y más de uno relató que Tozer lloraba o gemía con la cara hacia abajo sobre su vieja alfombra.”²¹

Puede que califiquemos estas costumbres como “manías” o extravagancias, y movamos la cabeza perplejos; no obstante, son un testimonio de su familiaridad con Dios y de un anhelo por tener comunión con el Señor, lo cual hoy en día es una cosa casi desconocida.

Indicé de fuentes

¹² Sanders, Geistliche Leiterschaft, pág. 75

¹³ Peters, George Whitfield, pág. 48

¹⁴ ibid. pág. 36

¹⁵ ibid. pág. 54

¹⁶ Tozer, Verändere in sein Bild, Bielefeld, CLV, Meditaci3n del 25 de octubre.

¹⁷ W. Nee, In Hingabe leben, Bielefeld, CLV, 1991, pág. 137-138

¹⁸ J. Piper, Wenn die Freude nicht mehr da ist, (Bielefeld: CLV, 2006), pág. 161

¹⁹ ibid. pág. 114-115

²⁰ Das Tagebuch David Brainerds (Wldbröl: H. Dresbaj, o.J.) pág. 81

²¹ Lyle Dorsett, Voller Leidenschaft für Gott – La vida de A. W. Tozer (Holzgerlingen: SCM Hänssler, 2009)

Perseverantes en la oración

(Lc 6:12-13) “Y aconteció en aquellos días, que fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y como fue de día, llamó a sus discípulos, y escogió doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles.”

Perseverar en oración; la base para que el Señor pueda bendecir nuestro trabajo en su obra

El Señor Jesús quería escoger a sus apóstoles de entre la multitud de sus discípulos, y es interesante que tanto Mateo como Marcos y Lucas mencionan este suceso. Pero solamente Lucas nos cuenta que el Señor pasó la noche en oración antes de la elección de sus apóstoles.

En esta escena se iba a tomar una decisión de gran alcance. Se trataba del futuro del “Reino de Dios”, de los apóstoles que en los tres años siguientes (y también después de la ascensión de Jesús), habrían de llevar el Evangelio primeramente a Judea y Galilea, pero después también más allá de las fronteras de Israel, al mundo entero. Los nombres de estos hombres serían escritos eternamente en el muro de la ciudad celestial (**Ap 21:14**).

El hecho de que el Señor, como hombre dependiente de Dios, subió al monte para permanecer allí tranquilo y apartado en oración durante una noche, muestran la gran responsabilidad vinculada con la elección de los colaboradores más estrechos.

Nos asombramos ante la sumisión del Hijo de Dios bajo la voluntad del Padre, que se manifiesta aquí en el monte, y vislumbramos cuánta responsabilidad implicaba la elección de los apóstoles.

Al mismo tiempo vemos cómo el Espíritu Santo nos muestra aquí unos principios fundamentales, que son de gran importancia para nosotros como colaboradores en la obra del Señor. Nos pueden preservar de muchos desarrollos equivocados y desengaños, si es que hacemos caso de ellos.

Consideremos primero las circunstancias exteriores relacionadas con el llamamiento de los apóstoles:

Poco antes el Señor había sanado en un día de reposo al hombre de la mano seca, mientras que los escribas y fariseos estaban al acecho para poder acusarlo. Siendo testigos de esta curación maravillosa, sus corazones, sin embargo, se endurecieron y “se llenaron de enojo” (**Lc 5:11**), de modo que acto seguido sólo discutían un tema: “¿qué haremos con este Jesús?”. Los capítulos que siguen muestran cómo estos hombres religiosos, llenos de envidia y odio, comenzaron a preparar en forma intencionada la eliminación de Jesús. Pero el Señor Jesús se retiró para orar.

En Lucas 5 Jesús había hablado del vino viejo y nuevo, y de los odres viejos y nuevos. Ahora está preparando doce “nuevos odres” para el vino nuevo, para la proclamación de las buenas nuevas. Y para poder hacerlo, se aparta de la disputa teológica y sube al monte para orar allí.

Especialmente en el Antiguo Testamento hallamos que los montes son a menudo el lugar de encuentro con Dios o el lugar de la revelación divina. Recordaremos ciertas escenas

de sacrificio y oración; nos vienen a la mente los montes Moría, Nebo, Ebal y Carmelo, relacionados con hombres de oración como lo fueron Abraham, Moisés, Josué y Elías.

Ya hemos visto que también nuestro Señor a menudo se retiraba a un monte para dormir allí (**Lc 21:37**), para estar solo (**Jn 6:15**) o, como en este caso, antes de elegir a sus apóstoles, para orar.

Lejos del ajetreo cotidiano, sin tener a nadie cerca, sólo en la comunión con el Padre. Éste era un tiempo que el Señor, como hombre, necesitaba para su ministerio y sus decisiones. Con ello nos deja claro a nosotros, sus seguidores, que con mucho más motivo tenemos necesidad de retirarnos a un lugar solitario para orar y hallar orientación y dirección, para que no nos quememos ni suframos daños en nuestro caminar.

La comunidad de Herrnhut tenía una pequeña cabaña en una colina llamada “Hutberg”. Allí se retiraba Zinzendorf a menudo, y sus hermanos también, para orar a veces hasta la medianoche. Quizás nació de estas experiencias en los años de avivamiento el bello himno que citamos aquí:

“Para que Dios nos pueda guiar
es necesaria la quietud;
es fácil confundir la voluntad del Padre
con nuestra propia elección
cuando todavía caminamos a nuestro aire.

El que quiera la vida, que muera;
quien no muere, no vive.
No nos brillará luz verdadera
mientras nuestra carne no muera.”²²

En la quietud de la noche, el Señor Jesús permaneció en oración. No solamente una hora, ni dos, sino hasta que llegó la mañana. A pesar de que como Dios sabía a quienes iba a escoger de entre los discípulos, pasó la noche en oración.

¿Oró ya en esa noche por Pedro, que después lo negaría con juramento y maldiciendo? ¿O quizá también por Juan, quien tras muchas décadas en el exilio escribiría el Apocalipsis? ¿O por Jacobo, hermano de Juan, el primer discípulo que sufrió la muerte como mártir? ¿O por Judas, el que lo iba a entregar?

No lo sabemos. Pero nos avergüenza que Él, quien todo lo sabe, pasó la noche en oración, y nosotros que no sabemos qué decisiones para el futuro son las correctas y lo que éste nos traerá, pensamos que eso de permanecer en oración está de sobra o que se puede descuidar.

Cuando se hizo de día, Jesús llamó a la multitud de sus discípulos y escogió a doce de entre ellos, *“a los cuales también llamó apóstoles”* (**Lc 6:13**).

Evidentemente los llamó con tal autoridad que, por parte de los otros discípulos, no surgió ninguna protesta. Nadie se quejó por no haber sido tomado en cuenta, o porque a otro le había sido dada la preferencia.

Después, el Señor descendió del monte con sus discípulos a una meseta donde se hallaba reunida una gran multitud que habían venido de las inmediaciones, *“para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades”* (Lc 6:17). Y, antes de predicar el Sermón del Monte, leemos la breve nota, pero de gran contenido: *“salía de él virtud, y sanaba a todos”* (Lc 6:19). La fuerza espiritual va siempre relacionada con la oración perseverante.

¿Qué podemos aprender de esto?

I. Antes de tomar decisiones importantes deberíamos retirarnos en quietud para orar con perseverancia a fin de conocer la voluntad de Dios.

Así como nuestro Señor pasó la noche en oración (un cuadro de paz interior, sin el agobio de compromisos y citas) y subió para ello al monte (un cuadro de la paz exterior), nosotros también deberíamos escoger una hora y un lugar donde podamos retirarnos para orar con perseverancia. Afortunado quien pueda retirarse lejos del televisor, internet, teléfono móvil o fijo y otros tantos intrusos, para entrar en un lugar o cuarto de quietud.

El misionero Hudson Taylor (1832-1905) se encontraba en la crisis de su vida. Una seria enfermedad lo había obligado a interrumpir su obra misionera en China en 1860 y regresar como inválido a Inglaterra. Los médicos opinaban que jamás podría fortalecerse otra vez como para poder volver a la China. Ahora llevaba ya cinco años viviendo míseramente en una callejuela trasera en Londres con su joven familia. Tenía tan sólo 33 años y la gran necesidad de los millones de chinos que jamás habían escuchado el evangelio, acongojaba su alma. Faltaban colaboradores dispuestos a salir para China a pesar de los peligros y dificultades, en obediencia y confiando en las promesas de Dios.

En esos cinco años había orado mucho por China en silencio, pero entonces llegó el domingo del año 1865 cuando, “en gran angustia espiritual”, salió a la playa de Brighton y entregó nuevamente su vida y la obra en China a Dios.

Ese día anotó en su diario: “Allí mismo le pedí a Dios veinticuatro obreros, dos para cada una de las provincias que no tenían misionero, y dos para Mongolia. Escribí la petición en el margen de la Biblia que llevaba conmigo y regresé a casa, lleno de paz; una paz que hacía meses no había conocido. Tenía la seguridad de que Dios iba a bendecir su obra y que yo participaría de esa bendición...”²³

Años más tarde, Taylor oró por otros 100 obreros para China y, al final de su vida, oró por 1000 hombres y mujeres entregados a Dios; y Dios contestó todas estas oraciones.

Su hija y su yerno que lo acompañaron muchas veces durante sus viajes por China, recordaron más tarde sus vivencias, cuando mes tras mes viajaban con él por el norte de China. Eso se hacía en carros y carretillas, y las noches las pasaban en deplorables albergues, donde a menudo sólo había un gran dormitorio para trabajadores y viajeros a la vez. Entonces, con algunas cortinas intentaban hacer un pequeño rincón separado para ellos y su padre:

“Y luego, después de que el sueño había producido por fin cierta medida de quietud, escuchábamos un fósforo encenderse y veíamos el parpadeo de la vela que indicaba que Hudson Taylor, aunque cansado, estaba estudiando aquella pequeña Biblia que siempre tenía a mano. El tiempo que por lo general dedicaba a la oración era de las dos a las cuatro de la madrugada, cuando podía estar más seguro de no ser molestado en su espera en Dios. El parpadeo de esa vela significaba para nosotros más que todo lo que habíamos oído y leído sobre la oración en secreto. Significaba una realidad; no era predicarlo, sino practicarlo.”²⁴

2. Noches de oración - ¿las conocemos sólo de la Biblia y de los libros antiguos?

El ejemplo de nuestro Señor debería ser razón suficiente para grabarnos con cincel en nuestra mente la necesidad y el valor de la oración perseverante y durante noches enteras. Cuando se trate de decisiones importantes y de gran alcance, o también de necesidades candentes, deberíamos ejercitarnos y practicar personalmente, como obreros y también como iglesia la oración perseverante.

(Is 62:6-7) *“Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no ceséis, ni le deis tregua, hasta que confirme, y hasta que ponga a Jerusalén en alabanza en la tierra.”*

De Ana, la profetisa, leemos que *“no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones” (Lc 2:37).*

Es asombroso que el apóstol Pablo relata cómo ora por otros *“noche y día”*. Es interesante que en contra del habla común menciona primero la noche y con ello pone un énfasis:

(1 Ts 3:10) *“Orando de noche y de día con grande instancia, que veamos vuestro rostro, y que cumplamos lo que falta a vuestra fe”*

(2 Ti 1:3) *“Doy gracias a Dios, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones de noche y de día.”*

Y si, además, tenemos en cuenta que está escrito que Satanás, como *“acusador de nuestros hermanos”*, *“los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Ap 12:10)*, entonces no nos costará mucho reconocer la necesidad de la intercesión perseverante a favor de nuestros hermanos.

Es conmovedor leer cómo en los primeros años de la comunidad de Herrnhut se hacían vigiliias *“en las que debían participar todos los hombres entre 16 y 60 años”*. Orando y cantando querían representar delante del Señor a la iglesia que estaba durmiendo, *“para que el maligno no tuviera poder para dañarlos.”*²⁵

En el siglo pasado el Señor usó de manera especial a Bakht Singh (1903-2000) para fundar cientos de nuevas iglesias en la India y Pakistán. Este hombre fue sobre todo un hombre de oración y de la Biblia.

La historia de su vida avergüenza y alienta a la vez: un cristiano cultivado, pero sencillo, que renunció a todas sus posesiones, a pesar de que sus padres eran muy ricos. Además, viajaba mucho como evangelista aunque tenía un defecto en el habla, pero por esta causa aprendió a confiar en Dios en toda circunstancia.

Cuando en 1938 salió para Madrás, siendo un joven evangelista, para llevar a cabo una evangelización durante tres meses, el Señor puso en su corazón orar con sus colaboradores y otros hermanos *“diecinueve noches seguidas, interrumpido sólo durante dos días”*.

*“Todos ellos perseveraron en oración y oraban para que Dios obrara de forma poderosa. Como resultado de estas noches de oración, el Señor obró en muchas partes del sur de la India, especialmente en Madrás, donde nació la iglesia “Jehová-Shammah” y otras iglesias neotestamentarias.”*²⁶

Paul Marsh cuenta cómo en los años 50 tenía el cometido de llevar a Bakht Singh de la ciudad de Lahore a la frontera cerca de Wagha. Debía recogerlo a las 7.30h de la mañana, pero halló que a esa hora todos los hermanos estaban orando. Pensando que quizás se había equivocado de hora se disculpó por llegar tarde. La respuesta fue ésta:

“No te preocupes, no has llegado tarde. Acabamos de terminar nuestro culto de oración que comenzó anoche después de la reunión.”

El comentario de Paul Marsh al respecto: “Los hermanos habían estado orando durante unas 10 horas. Eso era típico para la persona y el carácter de Bakht Singh.”²⁷

3. ¡No tendremos fuerza espiritual ni autoridad para la obra, si no oramos seriamente!

La fuerza espiritual y nuestra eficacia no dependen de nuestro talento sino, sobre todo, de nuestra comunión con el Señor y nuestra vida de oración.

Ya sea que tengamos un “don para servir” o un “don para hablar” o que aún no hayamos descubierto el don que nos ha sido concedido, sin oración perseverante no recibiremos poder espiritual ni experimentaremos eficacia.

Las experiencias del pasado y los conceptos actuales prometedores del éxito no pueden suplir la falta de fuerza espiritual y autoridad. Recargar las baterías diariamente mediante la oración y la lectura de la Biblia es algo imprescindible para poder hacer frente a nuestras tareas en la familia, la escuela, el trabajo y en la iglesia. Nada puede sustituir los tiempos de oración prolongados y regulares.

Spurgeon escribió lo siguiente: “Si no somos más negligentes que otros, eso no puede servirnos de consuelo; los cortos alcances de los demás no son para nosotros una excusa. ¡Cuán pocos de nosotros podemos compararnos al Sr. Joseph Alleine! Cuando Joseph Alleine disfrutaba de salud se levantaba constantemente a las cuatro de la mañana o antes, y se sentía muy apenado cuando oía a los herreros o a otros artesanos en sus respectivos talleres, antes que él estuviese en comunión con Dios. “¡Cómo me avergüenza ese ruido! ¿No merece mi Amo más que el amo de ellos?” Desde las cuatro hasta las ocho pasaba el tiempo en oración, en santa contemplación y en cánticos de Salmos. A veces suspendía la rutina de sus tareas en las iglesias y dedicaba días enteros a la oración y la meditación”.²⁸

Para que no haya malos entendidos: No se trata de que alguien ahora ponga su despertador una hora antes, estimulado por las costumbres de oración de ciertos personajes conocidos, para amonestarnos a orar. El orar hay que aprenderlo y practicarlo. ¡Orar sólo se aprende orando!

Las fuertes emociones, las movilizaciones y las llamadas a la oración, en el mejor de los casos, sólo podrán motivar a orar a corto plazo. La solicitud en la oración muy pronto desaparecerá. Es mejor comenzar dando pequeños pasos para entrenar “los músculos de la oración”, que obligarse en forma poco realista y terminar frustrado y resignado.

Nadie que pretenda llegar a corredor de maratón comenzará directamente corriendo un maratón. Primeramente aguzará sus músculos y sus pulmones corriendo distancias más cortas, y con el tiempo aumentará la intensidad y los kilómetros a correr. Nadie que piense dedicarse al salto de altura comenzará sus primeros ejercicios intentando saltar los dos metros. Se empieza más bajo, según la capacidad del momento, para poco a poco ir subiendo el listón.

De la misma manera, es prudente comenzar al principio reservando diez minutos para la oración, pero aprovechándolos concentrándonos bien. El que practique esto fielmente durante algún período de tiempo, notará que pronto no le bastan los 10 minutos. Los crecientes motivos para orar, para dar gracias a Dios, para alabarlo, pedirle o interceder por otros, poco a poco reclamarán más tiempo y el tiempo de oración se irá alargando por sí solo.

4. Así como el Señor perseveró durante la noche en oración, nosotros deberíamos ejercitarnos en orar persistente y perseverantemente.

(Hch 1:14) *“Todos estos perseveraban unánimes en oración”*

(Ro 12:12) *“Constantes en la oración”*

(Ef 6:18) *“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.”*

(Col 4:2) *“Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias.”*

Cuando Pedro se hallaba en la cárcel, la iglesia de Jerusalén *“hacía sin cesar oración a Dios por él”* (Hch 12:5). Este tiempo de oración evidentemente duró hasta muy pasada la medianoche, porque cuando Pedro fue despertado por el ángel, fue a la casa de María, la madre de Juan Marcos *“donde muchos estaban reunidos orando”* (Hch 12:12).

Cuando en nuestra iglesia una joven madre de tres hijos enfermó tan gravemente de septicemia (infección/intoxicación de la sangre causada por la multiplicación incontrolable de bacterias) que había que contar con su muerte²⁹, nosotros como iglesia experimentamos de forma conmovedora lo que es la oración perseverante.

Cuando esto ocurrió, comenzamos a reunirnos todas las tardes para orar durante unas tres semanas. Orábamos por este asunto: que Dios conservara la esposa al esposo, la madre a los niños y que conservara para la obra del Señor a esta valiosa hermana.

Dios oyó nuestras oraciones. Recuerdo muy bien que después de estas tres semanas terminamos nuestras reuniones de oración diarias con sentimientos diversos: pensándolo bien habría todavía muchos motivos de oración y ocasiones para orar juntos diaria y perseverantemente. Pero...

Georg Müller (1805-1898) al final de su vida relató sus experiencias con la oración perseverante: “El punto más importante es no desistir jamás, hasta que venga la respuesta. Yo he orado todos los días durante 52 años por dos hombres, hijos de un amigo mío desde la juventud. Hasta el día de hoy no se han convertido, ¡pero se convertirán! ¿Cómo podría ser de otra manera? Tenemos la promesa inmovible del Señor y en ella me apoyo. La gran falta de los hijos de Dios es que no continúan orando. Si deseas algo para la honra de Dios, debes orar hasta que lo recibas.”³⁰

Índice de fuentes

²² Albert Knapp's Evangelischer Liederschatz (Stuttgart: Verlag der Cotta'schen Buchhandlung, 1891), pág. 1101.

²³ H. y G. Taylor, “El secreto espiritual de Hudson Taylor”

²⁴ *ibid.*

²⁵ E. Beyreuther, Zinzendorf und die sich allhier beisammen finden (Marburg: Francke, 1959), pág. 195

²⁶ T. E. Koshy, Bakht Singh (Bielefeld: CLV, 2005), pág. 117

²⁷ *ibid.* pág. 227

²⁸ C. H. Spurgeon, Discursos a mis estudiantes

²⁹ Ver el libro: Andreas Fett, “Ja, Vater...”, CLV 2009

³⁰ R. Steer, Georg Müller (Bielefeld: CLV, 1995), pág. 238

La oración, una condición para crecer espiritualmente

(Lc 9:18-20) “Y aconteció que estando él solo orando, estaban con él los discípulos; y les preguntó diciendo: ¿Quién dicen las gentes que soy? Y ellos respondieron, y dijeron: Juan el Bautista; y otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado. Y les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Simón Pedro, dijo: El Cristo de Dios.”

Este detalle de “*estando él solo orando*” sólo lo menciona Lucas, mientras que Mateo y Marcos se concentran sólo en la conversación del Señor con sus discípulos. Juan omite esta escena.

Aquí no tenemos una oración en la soledad, sino una oración en presencia de los discípulos. Aparentemente tampoco duró toda la noche, sino que fue durante el día. El Señor no sólo predicaba sobre la oración, sino que lo vivía.

Como ya hemos dicho, nuestras oraciones no deben ser una demostración de nuestra piedad. Pero si vivimos junto a otras personas en la familia, en la iglesia y también en el servicio para nuestro Señor, entonces nuestra vida de oración no permanecerá escondida.

¿Cuáles fueron los motivos de oración del Señor en esta escena?

No podemos decirlo con toda seguridad, pero los versículos que siguen podrían indicar que oraba por los discípulos, porque en la conversación a continuación el tema es el conocimiento espiritual y las consecuencias que trae el ser un discípulo de Jesús.

Habiendo orado durante una noche entera antes de elegir a los discípulos, bien podemos imaginar que en esta ocasión también oró por ellos, porque tenía que decirles a los doce algo que les costaría comprender y aceptar. Lo que hasta el momento imaginaban y esperaban del reino de Dios y sus tareas se iba a romper como una pompa de jabón.

Los versículos 18 al 27 tratan de tres temas:

1. ¿Quién es el Señor? ¿Qué piensa la gente y qué piensan los discípulos de Él?
2. ¿Qué ocurrirá con el Señor en los próximos meses?
3. ¿Con qué consecuencias tienen que contar los discípulos por seguir al Señor?

De lo que trataba esta lección era, pues, de la comprensión espiritual o el conocimiento respecto a la naturaleza del Señor y su futuro; pero también de la posición como discípulos de Jesús en un entorno hostil.

El conocimiento espiritual no depende del intelecto, ni es automáticamente el resultado de una buena educación. Sin la iluminación por parte del Espíritu Santo nos quedaremos sin discernimiento espiritual.

Especialmente en lo que se refiere a la persona de nuestro Señor, dependemos de la “*revelación del Padre*”, porque “*carne y sangre*”, así dice el pasaje paralelo en **(Mt 16:17)**, no son capaces de asimilar y abarcar la naturaleza, grandeza y gloria de Dios y del Hijo de Dios. Prueba de ello es la historia decepcionante de la teología universitaria en los últimos 250 años.

(Mt 16:16-17) “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces, respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; porque no te lo reveló carne ni sangre, mas mi Padre que está en los cielos.”

Es mi propia experiencia, que uno se puede criar en un hogar creyente, oír diariamente un pasaje de la Biblia antes de la comida, asistir de niño y de joven año tras año cuatro veces por semana a la iglesia, tener en la cabeza las historias de la Biblia, creyendo que son verdad y defendiéndolas delante de otros, y a pesar de ello, estar tan ciego como un topo para las cosas espirituales, y tan frío como un pez muerto.

Al igual que Saulo, un hombre dotado intelectualmente y con elevada cultura filosófica y teológica, tenemos que experimentar cómo se nos “*caen las escamas de los ojos*” (**Hch 9:18**). Las verdades espirituales que hasta ese momento sólo conocíamos y podíamos mencionar en teoría, se hacen entonces una realidad viva, capaz de cambiar toda nuestra vida y llenar nuestro corazón de un gozo que antes no habíamos conocido.

El conocimiento espiritual es una obra de Dios, el Espíritu Santo en nosotros. Los “*ojos de nuestro corazón*” tienen que ser “*iluminados*” y para ello se necesita la oración.

Pablo oró por los efesios:

(Ef 1:17-18) “Que el Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación para su conocimiento; alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál sea la esperanza de su vocación”

(Ef 3:14-19) “Por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que podáis comprender bien con todos los santos cuál sea la anchura y la largura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”

Los mismos discípulos son el mejor ejemplo de que ni el mejor maestro, ni la mejor doctrina pueden cambiar nuestra vida automáticamente. Pedro tuvo que reconocer, después de su grandiosa confesión, que no había comprendido nada de nada, y también los otros discípulos reaccionaron con incompreensión, cuando el Señor anunció su futuro rechazo y crucifixión, y les dijo que su futuro en esta tierra no iba a ser un camino de rosas.

La necesidad de orar seriamente para que el Señor nos conceda conocimiento espiritual, la vemos muy bien ilustrada en una historia del Antiguo Testamento:

En 2 Reyes leemos cómo el rey de Siria hace guerra contra Israel y una noche, en una operación relámpago, pone cerco a la ciudad de Samaria con un gran ejército. Cuando el siervo del profeta Eliseo se levanta a la mañana siguiente y ve el fulgor de las espadas y armaduras del potente ejército sirio, exclama todo asustado: “*¡Ah, señor mío! ¿qué haremos?*”. A lo cual Eliseo responde:

(2 R 6:14-17) “No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Entonces Eliseo oró diciendo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Jehová abrió los ojos del criado, y éste miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo y carros de fuego, alrededor de Eliseo.”

Para poder ver las realidades espirituales necesitamos, por lo tanto, ojos abiertos por Dios, la intercesión de nuestro Señor y de nuestros hermanos, y la oración por causa de nuestra ceguera espiritual.

¿ Qué podemos aprender de esto?

1. Si tenemos la buena costumbre de orar “en solitario” regularmente, y naturalmente también antes de acontecimientos especiales, esto no podrá quedar oculto. Se darán cuenta los que están a nuestro alrededor.

En los años pasados hemos hablado con muchos jóvenes creyentes de hogares cristianos, y una y otra vez nos han contado que muy raras veces o nunca han visto a su padre o a su madre “orar solos”. Puede ser que los jóvenes a cierta edad no se fijen en esas cosas. Pero lamentablemente es un hecho cierto que muchos padres creyentes no tienen una vida de oración personal. Quitando la bendición de la comida no practican la oración.

Y hay muchas esposas que espiritualmente viven de “segunda mano” o tienen una concepción tergiversada de la repartición del trabajo: Leer y estudiar la Biblia y orar es tarea del hombre, que tiene más don y tiempo para ello y es, además, el responsable del bienestar espiritual de la familia, mientras que ella como esposa y madre tiene que preocuparse del bienestar terrenal de la familia.

También conocemos el otro extremo, en que el hombre echa de sí toda la responsabilidad espiritual y se la carga a su esposa, que “de todos modos no tiene mucho que hacer”, siendo él el que tiene que trabajar horas extraordinarias para ganar el dinero necesario para el mantenimiento de la familia y otras comodidades.

La siguiente historia muestra la bendición que conlleva el ejemplo de un hombre o una mujer que ora. En su biografía, el misionero pionero Juan Paton (1824-1907) recuerda su hogar:

“Nuestra casa consistía de una habitación exterior y una interior y un cuartito entre ambas, o cámara, que llamábamos cubículo. La habitación exterior era el territorio de mi madre y era la cocina, cuarto de estar y comedor a la vez. La otra habitación era el taller de mi padre donde había 5 máquinas tejedoras de calcetines que trabajaban diligentemente.

El cubículo era una pieza muy pequeña entre estas dos habitaciones, con apenas lugar para una cama, una mesita y una silla, con una diminuta ventana que daba una diminuta luz a la escena. Este era el santuario de aquella cabaña. Allí diariamente, y muchas veces durante el día, por lo general después de cada comida, veíamos a nuestro padre retirarse, y cerrar la puerta, y nosotros los niños entendíamos, por una especie de instinto espiritual (porque tales cosas eran demasiado sagradas para comentar) que allí se estaban elevando oraciones a nuestro favor, como en la antigüedad lo hacía el sumo sacerdote detrás del velo en el lugar santísimo. Ocasionalmente oíamos los ecos de una voz temblorosa, rogando como alguien que ruega por su vida, y aprendimos a caminar pasando esa puerta de puntillas, a fin de no interrumpir la santa conversación.

El mundo quizá no sabía, pero nosotros sí, de dónde procedía esa luz feliz, como la sonrisa de un recién nacido, que siempre tenía el rostro de mi padre: era un reflejo de la presencia divina, de la cual él siempre estaba consciente. Nunca, ni en los templos ni en las catedrales, en los montes ni en los valles, podría esperar que el Señor Dios estuviera más cerca, caminando más visiblemente entre los hombres y hablando con ellos, que bajo el techo de paja y las vigas de roble de aquella humilde cabaña. Si alguna catástrofe impensable se llevara todo lo contenido en mi alma y en mis recuerdos, en lo que se refiere a la religión, con todo, los pensamientos retornarían a estas escenas de mi niñez y oírían el eco de las oraciones y súplicas, y toda duda desaparecería con las palabras: Él se relacionaba con Dios ¿por qué no podría yo hacer lo mismo?”³¹

2. El conocimiento espiritual no se puede transmitir de forma racional. Dependemos de la iluminación del Espíritu Santo, y pedir que nos ilumine debería ser un tema constante de nuestras oraciones.

Por muy importante e imprescindible que sea el aprender de memoria versículos de la Biblia, himnos espirituales y poesías, si estas buenas palabras sólo se quedan en nuestra

cabeza y no entusiasman ni cambian nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, este esfuerzo servirá sólo para ejercitar un poco nuestra masa encefálica.

Con todo el conocimiento bíblico, talento, didáctica y metodología podremos asimilar y transmitir informaciones bíblicas, pero si el Espíritu de Dios no ilumina y abre los “ojos del corazón”, el trabajo será en vano.

Por eso es tan importante que toda clase de predicación y comunicación de verdades bíblicas sea preparada y acompañada por la oración, y también que sea presentada con oración.

Índice de fuentes

³¹ Juan Paton, Autobiografía.

La oración cambia a la persona que ora

(Lc 9:28-32) “Y aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro y a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente... Y Pedro y los que estaban con él, estaban cargados de sueño: y como despertaron, vieron su majestad, y a aquellos dos varones que estaban con él.”

Mateo, Marcos y Lucas narran el suceso extraordinario de la transfiguración de Jesús. Los tres relatos lo cuentan después que Jesús anunciara por primera vez que tenía que sufrir, y después de sus palabras claras sobre las consecuencias que traería el seguirle a Él: negarse a sí mismo, tomar la cruz y perder la vida.

Cada uno de los tres relatos enfatiza una particularidad que los otros dos evangelistas no mencionan y que encaja bien en el carácter del evangelio en cuestión.

Por ejemplo, Mateo describe la apariencia del Señor así: *“resplandeció su rostro como el sol” (Mt 17:2)*, mientras que Marcos no menciona la faz del Señor, sino que se centra en sus ropas: *“Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve; tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos” (Mr 9:3)*.

Lucas a su vez, cuenta detalles que ni Mateo ni Marcos mencionan:

- El Señor subió al monte *“a orar”*.
- Su rostro cambió *“entre tanto que oraba”*.
- Los discípulos estaban *“cargados de sueño”*, durante la transfiguración del Señor.

Después de declararles a los discípulos las consecuencias de seguirlo a Él, que posiblemente podrían resultar en su ejecución y crucifixión, toma a tres de sus discípulos más cercanos y sube con ellos a un monte alto. Los lleva consigo para orar con ellos. Pero quería que recibieran una impresión permanente de la gloria del reino venidero y, sobre todo, de su propia gloria, al ser testigos de su transfiguración.

- Pedro sería crucificado en Roma años más tarde.
- Juan sería desterrado siendo ya un anciano.
- A Jacobo le quedaban pocos meses de vida, pues iba a morir por la espada de Herodes.

El ejemplo de su Maestro orando, y la visión de la gloria venidera, debían animarlos a soportar los sufrimientos y dolores vinculados con la vida del discípulo, *“por el gozo que tenían por delante” (He 12:2)*.

Esta vivencia era como una profilaxis espiritual, para no “desmayar” en las aflicciones y dificultades que iban a venir después.

Sólo Lucas cuenta que el rostro del Señor y también sus vestidos cambiaron *“mientras oraba”*. Una gloria brillante, apenas descriptible con palabras, se reveló durante la oración, ante los ojos de los discípulos que luchaban con el sueño; así lo insinúa Lucas.

Muchos años más tarde, Pedro recuerda la transfiguración y parece buscar las palabras apropiadas, para poder transmitir a los lectores esta tremenda impresión:

(2 P 1:17-18) “Porque él había recibido de Dios Padre honra y gloria, cuando una tal voz fue a él enviada de la magnífica gloria: Este es el amado Hijo mío, en el cual yo

me he agradado. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos juntamente con él en el monte santo.”

El hecho de que además aparecieran Moisés y Elías “*en gloria*” y hablaran con el Señor sobre “*su salida que debía cumplir en Jerusalén*”, es seguramente de gran importancia tipológica y práctica. Pero nos limitaremos aquí a considerar esta escena maravillosa solamente en lo que toca a la oración del Señor. ¿Qué podemos aprender de esto?

La oración transforma al que ora

Así como cambió el aspecto del Señor durante la oración en esta situación específica, nosotros también podemos ser transformados mediante la oración, la comunión y la obediencia, pero en nuestro caso, esto ocurre poco a poco. Por supuesto que el Señor no necesitaba ningún cambio moral. Él era perfecto en todas sus acciones y en todo momento.

Pero nosotros, sus seguidores sí que tenemos necesidad de cambio en nuestra moral y en nuestro carácter, y este cambio se efectuará si practicamos una vida de oración constante en la presencia del Señor, unido al estudio regular de la Biblia y la obediencia.

El rostro del Señor “*resplandeció como el sol*”, así lo cuenta Mateo. Él es la luz del mundo. Nuestros rostros sólo podrán reflejar algo de la gloria del Señor, si permanecemos a menudo en su presencia.

I. El ejemplo de Moisés

Cuando Moisés bajó del monte, después de estar 40 días en la presencia de Dios, y se presentó delante del pueblo, los israelitas vieron a Moisés y “*he aquí la tez de su rostro era resplandeciente*” (Ex 34:30). Moisés mismo no se había dado cuenta de ello. Estaba tan impresionado por la santidad y gloria de Dios, que en ningún momento pensó en sí mismo, ni tenía interés alguno en mirarse en el espejo o poner su propia persona en el centro de atención. La Biblia relata que “*no sabía él que la tez de su rostro resplandecía, después que hubo con Él [con Dios] hablado*” (Ex 34:29).

Dos aspectos se acentúan aquí:

- Hablar con Dios (orar) cambia el aspecto del que ora y la impresión que damos o lo que irradiamos.
- Este cambio pasa inadvertido para la persona que ora, pero el entorno sí se da cuenta de ello.
- Podríamos añadir: Este cambio o irradiación no se puede conservar, porque depende de la comunión práctica con Dios.

Un ejemplo impactante de esto mismo es el de Robert C. Chapman (1803-1902), uno de los padres del así llamado “Movimiento de Hermanos” en Inglaterra. Más allá de las fronteras de su país era conocido como el “Apóstol del Amor”. A pesar de estar muy ocupado, se tomaba un día libre a la semana; con todo rigor los sábados normalmente no recibía a nadie. Todos los demás días estaba ocupado con las tareas y necesidades de la iglesia, pero se reservaba ese día para descansar y recuperarse, tanto espiritual como corporalmente. Se retiraba a su taller, donde tenía un torno con el cual hacía trabajos de carpintería y torneaba. Y así pasaba el sábado ayunando, pero también trabajando la madera y teniendo suficiente tiempo para derramar su corazón delante del Señor y meditar sobre la Palabra de Dios.

Una persona que por causa de una emergencia tuvo que molestarlo una vez, contó que al entrar en el taller la cara de Chapman “resplandecía como un ángel.”

2. El ejemplo de Ana

Ana, la madre de Samuel, también vivió un cambio tremendo. Entró a la presencia de Dios siendo una mujer amargada, frustrada y sumamente triste, y oró *“largamente delante de Jehová”* y *“derramó su alma delante de Jehová”*. Pero cuando después partió a su casa aliviada *“ya no estaba triste su semblante”* (1 S 1:10-18).

3. El ejemplo de Esteban

Recordemos también a Esteban, el primer mártir de la joven iglesia de Jerusalén. Después de una potente evangelización al aire libre, a la que siguió una vehemente discusión, lo cercaron los judíos llenos de rabia y crujiendo los dientes contra él. Pocas horas más tarde estaban decididos a echarle de la ciudad y apedrearlo.

Pero antes de esto leemos la impresión que dejó en la multitud alterada:

(Hch 6:15) “Todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel.”

Al final del relato hallamos la explicación de su semblante radiante:

(Hch 7:55) “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”

El apóstol Pablo, que entonces era aún *“Saulo respirando amenazas y muerte”* (Hch 9:1) y había dado luz verde al apedreamiento de Esteban, quizá recordó después esta escena cuando escribió a los Corintios:

(2 Co 3:18) “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria como por el Espíritu del Señor.”

La desgana y el cansancio al orar, ¿hay una salida para este dilema?

(Lc 9:29) “Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente.”

A pesar de esta asombrosa transformación, los discípulos se encontraban en un sueño del que sólo despertaron lentamente. También aquí es notable que sólo Lucas menciona esta debilidad humana de los discípulos, mientras que Mateo y Marcos no mencionan ni una sola palabra de esto.

La intención del Espíritu Santo parece indicar un problema con el que todo discípulo tiene que pelear: desgana y cansancio para orar.

A primera vista parece inconcebible que se durmieran precisamente en un momento tan dramático y sobrenatural. Debiendo recibir una impresión permanente y alentadora de la inefable gloria futura del Señor y de su reino, son vencidos por el cansancio. Durmiendo, se pierden el punto culminante de su vida.

Lucas describe la escena con gran precisión:

(Lc 9:32) “Pedro y los que estaban con él, estaban cargados de sueño: y como despertaron, vieron su majestad, y a aquellos dos varones que estaban con él.”

Si nos imaginamos la escena, vemos cómo Pedro y los otros dos discípulos luchan contra este sueño, frotándose los ojos, moviendo la cabeza y todavía sin saber si están soñando o están viendo la realidad.

Marcos enfatiza que *“estaban espantados”* (**Mr 9:6**) y que Pedro en su apuro y de forma irreflexiva sugiere hacer tres cabañas. Lucas comenta el comportamiento de Pedro diciendo *“no sabía lo que decía”* (**Lc 9:33**) y que hubiese sido mejor si hubiera callado. Porque Lucas nos dice que de repente vino *“una nube que los cubrió”* (**Lc 9:34**), y después ya no vieron al Jesús glorificado, sino al Jesús de Nazaret en su humillación.

“Hacer cabañas o enramadas”, actuar para el Señor, eso aparentemente no le era difícil a Pedro y a los otros discípulos. El orar, sin embargo, les era una cosa pesada y cansina.

Es interesante que poco después ocurre una historia parecida que también revela la debilidad de los discípulos. En esa ocasión estos tres discípulos estaban también con nuestro Señor, pues los llevó consigo al huerto de Getsemaní, para velar y orar con Él. Las circunstancias exteriores eran abrumadoras en esta ocasión. No tenían delante a un Señor transfigurado y rodeado de gloria, sino al Hijo del Hombre lleno de temor y *“triste hasta la muerte”* (**Mt 26:38**). También aquí los discípulos se duermen *“de tristeza”*, según nos cuenta Lucas (**Lc 22:45**).

Siendo Pedro el que llevaba siempre la palabra, tuvo que escuchar la pregunta del Señor:

(Mr 14:37-38) *“Simón, ¿duermes? ¿no has podido velar una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación.”*

El hecho de que el Señor los despertara y amonestara otras dos veces, no cambió para nada su cansancio a la hora de orar.

Pero una hora más tarde, los discípulos, y Pedro por delante de todos, estaban bien despiertos cuando los soldados y ministros del sumo sacerdote invadieron el huerto, sonando las armas para tomar preso al Señor.

De nuevo es Pedro el portavoz, quien espontáneamente echa mano de su espada escondida y pregunta: *“Señor, ¿heriremos a espada?”* (**Lc 22:49**), y un instante después apunta a la cabeza de uno de los hombres armados, pero sólo dio con la oreja de Malco (**Jn 18:10**).

Cuando se trata de orar con perseverancia: ¡Cansancio! Cuando se trata de actividad y hacer exhibición de fuerza: ¡Vivitos y coleando! Esto lo conocemos bien por experiencia.

La persona que ora está bajo observación del diablo

Parece que el enemigo de Dios mueve “Roma con Santiago” para quitarnos de orar o estorbarnos en la oración. Si nosotros subestimamos el poder de la oración, ¡el diablo sí sabe muy bien lo eficaz que es la oración!

Satanás no puede ver a un creyente orando, ni en pintura. Odia la humildad y dependencia de Dios expresada por la oración.

El adversario de Dios no ha olvidado la influencia que tuvieron los hombres de oración de la Biblia, como lo fueron Abraham, Samuel, Elías, Eliseo y Daniel, que estorbaron sus intenciones asesinas. Por eso disparará todas las “flechas ardientes” disponibles (**Ef 6:16**) para quitarnos también a nosotros de orar o alimentar nuestros pensamientos con fantasías a menudo vergonzosas.

Muchos de nosotros tendremos que confesar que especialmente durante la oración nos sentimos atacados o abrumados por los pensamientos y problemas de la vida diaria.

Si el diablo no consigue impedir que oremos, con toda seguridad intentará por todos los medios estorbarnos o cargarnos con un cansancio repentino, o hacernos ver la importancia de los trabajos por hacer.

Ole Hallesby ha descrito muy acertadamente estos problemas y las tentaciones en su libro “La oración”: “Nuestra vieja naturaleza dentro de nosotros no nos niega directamente la oración. En ese caso nuestra lucha contra la carne no sería tan dura. Pero la carne lucha de manera indirecta contra la oración, con gran habilidad y talento. Instintiva y automáticamente moviliza toda clase de razones para hacernos ver que no es el momento de orar. Tenemos prisa, nuestro espíritu está distraído, el corazón no tiene ganas de orar, después será más oportuno, estaremos más tranquilos y más concentrados. Ya, por fin llegó el momento cuando queremos orar, pero de repente nos viene un pensamiento: Esto o lo otro tienes que hacerlo primero. Cuando lo hayas terminado, entonces todo estará listo para tener una hora de oración tranquila. Así que hacemos esa cosa primero. Pero una vez terminada, nuestra mente está distraída y nuestra concentración se ha ido. Y casi sin darnos cuenta ha pasado el día, sin que hayamos tenido una hora tranquila con Dios.”

En su carta a Georg Spalatin, Lutero escribió el 9 de septiembre de 1521: “Ha llegado el tiempo de orar con todas las fuerzas contra Satanás, porque anda gestando alguna tragedia funesta contra Alemania. Yo me estoy temiendo que el Señor se lo permita y aquí me tienes roncando y perezoso para orar y resistir, hasta tal punto que estoy violentamente descontento y cansado de mí mismo, a lo mejor porque me encuentro solo y vosotros no me ayudáis. Oremos y vigilemos para no entrar en tentación **(Mt 26:41)**”

La oración requiere concentración y es un duro trabajo. Para evitar distraerse y divagar, a muchos creyentes los ayuda orar en alta voz.

La lucha contra Amalec

Una historia del Antiguo Testamento ilustra formidablemente las fuerzas que cuesta orar y lo agotador que es:

La primer lucha del pueblo de Dios tras salir de Egipto fue la lucha contra los amalecitas. Ellos habían encontrado el punto más débil de Israel y atacaron allí precisamente. Entonces Moisés mandó a Josué que escogiera hombres y que saliera a luchar a espada contra Amalec, mientras que él subió al monte con Aarón y Hur “*con la vara de Dios*” en su mano **(Ex 17:9)**.

En el valle Josué luchaba contra Amalec con sus soldados, mientras que Moisés tenía sus manos levantadas en oración con la vara de Dios. Cada vez que Moisés bajaba sus brazos, vencía Amalec, pero en el momento que los levantaba, vencía Israel.

No leemos que Josué y sus combatientes se cansaran en la lucha, pero sí lo leemos de Moisés: “*Y las manos de Moisés se cansaban*” **(Ex 17:12)**.

Para asegurar la victoria que dependía de las manos levantadas de Moisés, Aarón y Hur dieron apoyo a los brazos de Moisés: “*así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada*” **(Ex 17:12-13)**.

Este suceso muestra claramente lo agotadora que puede ser la intercesión perseverante. Nosotros también necesitamos la ayuda y el aliento de nuestro “*sumo sacerdote*” Jesús y también de nuestros hermanos cuando oramos.

El reformador Martín Lutero conocía muy bien estas acometidas de Satanás y era lo suficientemente sincero como para no encubrir estos tiempos de debilidad y derrota, sino

que pidió a sus amigos que oraran por él: “Yo estoy aquí sentado, cómodo, endurecido y sin sentimientos – ¡ah! Cuán poco oro, cuán poco me preocupo por la iglesia, pero tanto más estoy ardiendo en los fuegos salvajes de mi carne sin domar. Debería estar ardiente en el Espíritu; pero la realidad es que estoy ardiendo en la carne con lascivias, pereza, ociosidad, somnolencia. Quizá Dios se haya alejado de mí, porque todos vosotros habéis dejado de orar por mí. En los últimos ocho días nada he escrito y tampoco he orado o estudiado, en parte por desmesura y en parte por otro impedimento molesto (constipación de vientre y almorranas), de verdad que no aguanto más; ora por mí, te suplico, porque en este aislamiento estoy sobrecargado de pecados” (parte de una carta a Melanchthon del 13 de julio de 1521 desde el castillo de Wartburg).

Las victorias y derrotas en nuestra vida personal, y también en el pueblo de Dios, dependen de la oración. Eso lo sabemos por la Biblia, por la historia de la Iglesia y por la propia experiencia. Y, a pesar de ello, oramos tan poco.

¿Qué podrá cambiar esta situación?

El poder del ejemplo para producir un cambio

(Lc 11:1) “Aconteció que estaba Jesús orando en cierto lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.”

Lucas habla aquí de “un cierto lugar”. Es un detalle interesante, porque parece indicar que en la vida de nuestro Señor había ciertos lugares conocidos por sus discípulos, donde solía orar. Esto nos recuerda algunas consideraciones del capítulo 3. Algunas veces puede ser una ayuda tener un lugar o un cuarto conocido, donde uno se puede retirar para orar.

En la biografía sobre James Fraser, escrita por su hija, se puede aprender mucho sobre la oración. En su diario y en sus numerosas y largas cartas enviadas a sus compañeros de oración, Fraser habla a menudo sobre sus experiencias con la oración y lo que descubría al estudiar los pasajes bíblicos que trataban sobre ella. No importaba en la región que vivía, ni en la cabaña primitiva donde habitaba; siempre tenía en las cercanías un lugar, donde podía orar sin ser molestado y donde podía derramar su corazón delante de Dios. En Tengyueh por ejemplo, su lugar preferido para orar era un templo abandonado. Incluso después de casado (a sus 42 años), después de mudarse pronto con su pequeña familia a una casa de la misión en Paoshan, buscó y encontró fuera de su vivienda un lugar donde estaba a salvo de ser molestado:

“La única manera de escaparse del ajetreo, para James era encontrar en otro sitio un lugar de silencio. Encontró y alquiló un cuartito en el último piso de una casa, justo enfrente de la casa de la misión. Eran muchos escalones para subir a oscuras en la casa de un amigo islámico. Temprano por la mañana iba a menudo allí, suspendiendo el desayuno, para pasar horas en oración. Allí se sentía libre para orar en alta voz.”

También en la vida de nuestro Señor había ciertos lugares, parajes y también casas que jugaban un papel llamativo. Y eso seguramente es de importancia también para nosotros.

Por supuesto, el Señor no necesitaba estas “muletas” humanas. Pero el hecho de que se mencionen a menudo en la Biblia, muestra que contienen una lección práctica para nosotros, sus discípulos, que con nuestras muchas debilidades somos marcados, más de lo que pensamos, por las circunstancias y costumbres.

En los próximos capítulos hablaremos de la bendición de las buenas costumbres; aquí, sin embargo queremos considerar la bendición y las consecuencias que puede tener un buen ejemplo.

Ya sabemos por experiencia que un ejemplo tiene más efecto que muchas palabras. En sus conversaciones con los discípulos y también en sus sermones públicos, el Señor habló muchas veces sobre la oración, animando a orar. Pero, su ejemplo al orar, evidentemente retó a sus discípulos más que sus palabras podían hacerlo. El hecho de que vivía lo que predicaba, despertó en los discípulos el deseo de llegar a ser hombres de oración como Él.

Una persona que no haya recibido la nueva vida de Dios, es improbable que exprese el deseo de aprender a orar. Para muchas personas orar es una pérdida de tiempo, y, en el mejor de los casos, una clase de hipnotismo personal o una autosugestión en situaciones de estrés.

Lamentablemente, la experiencia muestra que un discípulo de Jesús no tiene automáticamente el deseo ansioso de convertirse en un hombre de oración. Muchos

asentirán a las palabras de J. Oswald Sanders quien dice que “la mayor parte de nosotros somos atormentados por una páfida aversión contra la oración. No es nuestra alegría natural el acercarnos a Dios.”

A menudo son apuros interiores o exteriores, los que Dios permite en nuestra vida con la intención de enseñarnos a orar. Sólo aceptaremos poco a poco nuestra completa dependencia de Dios, cuando lleguemos a nuestros límites (no sólo en teoría, sino en la práctica), y nos demos cuenta de que aun nuestros mejores anhelos e intenciones espirituales no tienen fuerza. Entonces, y es triste que tardemos tanto tiempo en verlo, y que antes destrocemos nuestros pies caminando por nuestros propios caminos, aumentará nuestro anhelo de que el Señor nos enseñe a orar.

Seguramente no es casualidad que en los versículos anteriores no se hable de un “*cierto lugar*”, sino de una “*cierta mujer*” (**Lc 10:38**) que recibió en su casa al Señor y a sus discípulos. Era Marta, bien conocida para nosotros, quien tuvo que aprender la dolorosa lección que toda persona extrovertida y llena de energía tiene que aprender tarde o temprano: “*afanada y turbada estás con muchas cosas; pero sólo una cosa es necesaria*” (**Lc 10:41**).

Estar inactiva, sentada a los pies de Jesús y escucharlo, aprender de Él, para poder imitar su ejemplo, era la lección espiritual que imperiosamente ella tenía que aprender; y cada uno de nosotros también.

El ejemplo único del Maestro despertó en el discípulo, cuyo nombre no se nos relata, el ardiente y sincero deseo de llegar a ser un hombre de oración. Y para nosotros no hay motivación mayor que su ejemplo; si lo amamos a Él.

La bendición de las buenas costumbres

(Lc 22:39-42) “Y saliendo, se fue, como solía, al Monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron. Y como llegó a aquel lugar, les dijo: Orad que no entréis en tentación. Y él se apartó de ellos como a un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa este vaso de mí; empero no se haga mi voluntad, sino la tuya.”

En estos tiempos, cuando el valor de la disciplina espiritual no está muy en boga entre los creyentes, puede ser una ayuda alentadora considerar lo que la Biblia y el ejemplo de Jesucristo dicen al respecto.

Es interesante que, especialmente en la pedagogía, se está viendo un cambio de opinión. Muchos educadores y maestros por necesidad se plantean la pregunta de si los métodos de las últimas décadas han dado buen resultado o no, pues ya dudan si se puede dar clases y educar a los jóvenes con tan poca presión y exigencias.

Está demostrado que los niños y jóvenes de generaciones pasadas no sólo aprendían más en menos tiempo, sino que por lo general salían más capacitados para la vida y más alegres que muchos de los jóvenes indiferentes de hoy que pasan de todo.

En el año 2006 se publicó el libro “Elogio de la disciplina, un escrito polémico” del conocido pedagogo y teólogo Bernhard Bueb. Ha encontrado buena acogida y aceptación, pero también rechazo. Esto es un indicio de que las opiniones están cambiando. También en la política se nota actualmente un aumento en el énfasis de la importancia de la moral, los valores y las virtudes cristianas.

Y por eso nos asombra que en círculos evangélicos existe la tendencia contraria. Predicadores y autores conocidos e influyentes no se cansan de enfatizar que es inútil o incluso dañino leer la Biblia u orar si no se tiene ganas de hacerlo.

Ciertos testimonios en algunas revistas evangélicas y en ciertos libros nos quieren hacer ver que casi todas las enfermedades y aberraciones espirituales y anímicas tienen su origen en una educación represiva, consecuentemente cristiana, donde los niños estaban expuestos a una presión supuestamente dañina.

Es indiscutido que una educación severa, falta de amor y marcada por el legalismo, llevada a cabo por padres que ellos mismos no viven lo que exigen de sus hijos, puede causar daños devastadores. Lamentablemente tenemos muchas pruebas de ello.

Algunos de los más conocidos ateos, nihilistas y odiadores de Dios se criaron en hogares cristianos. Lo que vieron y oyeron allí fue tan repelente e hipócrita que hastiados juraron no querer saber nada más de la Biblia ni del cristianismo.

Lenin, por ejemplo, tenía quince años cuando su padre, miembro piadoso de la Iglesia Ortodoxa Rusa, recibió la visita de un pope (sacerdote de la iglesia ortodoxa griega). Siendo él un concurrente fiel a los cultos, lo acongojaba la actitud de su hijo, que ya no quería asistir regularmente a éstos. Cuando le pidió consejo al pope, éste le respondió: “¡Habría que darle una buena paliza!”.

Ninguno de los dos sospechaba que el hijo estaba en el cuarto contiguo y estaba escuchando tras la puerta esos “consejos”. Lleno de indignación, el joven Wladimir Ilyitsch arrancó de su cuello la cruz que tenía colgada de una cadena, y que hasta entonces había llevado puesta. Con esa religión había terminado. Nunca más querría saber de ella.

Desde ese momento para él la iglesia y la religión eran solamente “un medio de los reinantes para oprimir a las clases bajas”.

Por otra parte, en muchos ámbitos es una cosa normal exigir una vida disciplinada de los deportistas y artistas, por ejemplo, para que puedan dar el mayor rendimiento.

Todo el mundo comprende perfectamente que el entrenador de fútbol “machaque”, imponga buenas multas y entrenamientos forzosos adicionales a los jugadores profesionales de la liga que no vienen puntualmente a los entrenamientos o rehusan respetar al entrenador.

Los aficionados fanáticos, que casi siempre son gordos, exigen a veces que sus ídolos se maten corriendo para ganar la victoria de su equipo: “¡Queremos verlos sudar!”. Y cuando uno de los profesionales por alguna razón engorda un poco, en seguida le plantan un nuevo nombre burlón, como “el gordo”, “bolita” o “barril”.

Ni tiene que decirse que la disciplina y el dominar los bajos instintos son parte de la virtud de todo deportista.

Cuando los jóvenes con talento invierten largas horas practicando al piano o se hacen polvo los dedos tocando un instrumento de cuerdas, admiramos su energía y les animamos a ser duros consigo mismos.

Nadie se altera cuando una persona consciente de cuidar su salud va todas las semanas al gimnasio, para deshacerse sudando de los kilos que le sobran, sacrificando dinero y tiempo para tener buena figura, al menos delante del espejo.

Pero, en el momento en que alguien se atreve a defender la disciplina entre los creyentes que dicen que lo son, animándolos a subir el listón en la vida como seguidores de Cristo y a aceptar las normas neotestamentarias, tendrá que esperar violentos reproches. Y le dirán que está favoreciendo una represión dañina y las “neurosis” por culpa de la iglesia.

¿Qué podemos aprender de la Biblia y del ejemplo de nuestro Señor en lo que se refiere a estas cuestiones importantes y controvertidas?

I. Nuestro Señor tenía costumbres fijas

Fue para mí un descubrimiento interesante el que precisamente el evangelista Lucas narre determinadas costumbres en la vida de Jesús:

Primero leemos en **(Lc 2:42)** que los padres de Jesús viajaban anualmente a Jerusalén *“conforme a la costumbre de la fiesta”*, para celebrar la pascua. Ni qué decir tiene que Jesús a sus doce años estaba también allí. Así se crió en una familia donde las ordenanzas bíblicas se hicieron buenas costumbres y finalmente una buena tradición familiar.

Dos capítulos después leemos que a la edad de treinta años fue a la ciudad Nazaret donde se había criado, *“y en el día de reposo entró en la sinagoga conforme a su costumbre”* **(Lc 4:16)**. Para Él, como adulto, era lo más normal del mundo ir a la sinagoga el día de reposo, para oír la Palabra de Dios. Sus padres le habían dado el ejemplo y en su juventud también practicó esa buena costumbre.

Después se nos narra en **(Lc 22:39)** que *“se fue como solía al Monte de los Olivos”*. Iba a menudo a este lugar familiar, para dormir allí **(Lc 21:37)** **(Jn 8:1)**, para reunirse con sus discípulos y para orar **(Lc 22:41)**.

Resumiendo constatamos lo siguiente:

- Participación regular en la celebración de la pascua.

- Asistencia semanal a la sinagoga.
- Visita frecuente al Monte de los Olivos para orar allí.

Éstas eran costumbres naturales en la vida de nuestro Señor, tal y como las practicaba cualquier israelita temeroso de Dios.

Jesús sabía que Judas, el traidor, y los soldados con los siervos del sumo sacerdote ya estaban de camino para prenderlo en el huerto de Getsemaní. Judas conocía bien este lugar (**Jn 18:2**). Pero eso no lo detuvo de ir a ese sitio como era su costumbre.

2. Discipulado sin disciplina es impensable

Nuestro Señor, siendo un hombre perfecto y sin pecado, no tenía necesidad de disciplina y reglamentos. No obstante, su comportamiento nos es un ejemplo alentador para entrenarnos en estos ejercicios espirituales vitales, para que en nuestras vidas como discípulos lleguen a ser puntos de referencia que se den por sentados.

Antes de leer en el próximo capítulo ejemplos alentadores de hombres de oración de la Biblia y de la historia de la Iglesia, retengamos en nuestra mente las palabras de Jonatán Edwards que escribió en su introducción a los diarios del misionero David Brainard, cuya vida de oración era verdaderamente intensa y extraordinaria:

“El ejemplo de Jesucristo es el único ejemplo absolutamente perfecto que ha habido entre los hombres. Por eso es una pauta con la que tenemos que medir todos los demás ejemplos. Y sólo debemos seguir y recomendar las inclinaciones, sentimientos y actos de otras personas, hasta donde sean seguidores de Jesús”.

Hombres y mujeres de oración en la Biblia y la historia

Samuel

La vida del profeta Samuel estaba enmarcada por la oración. Su madre oró a Dios por él cuando estaba desesperada, y luego le dio el nombre *“lo pedí de Jehová”* o *“Dios escucha”*. Ya de niño *“adoró a Jehová”* (1 S 1:28), y siendo muy anciano, cuando el pueblo de Israel le rechazó como juez, pidiendo un rey *“oró a Jehová”* (1 S 8:6).

Después de haber ungido a Saúl como rey y pronunciado su discurso de despedida para el pueblo, no se le ocurrió retirarse como bien podía haberlo hecho a su edad. No, sino que prometió al pueblo reunido, que ya vislumbraba la pérdida de este hombre de oración:

(1 S 12:23) “Así que lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros...”

La costumbre de Samuel de orar por el pueblo de Dios, digna de ser imitada, estaba tan arraigada en él, que consideraba que era un pecado si cesaba de interceder por ellos. Su intercesión no dependía del barómetro de emociones del pueblo.

El (Sal 99:6) nos recuerda su importancia como hombre que oraba: *“Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocaron su nombre; invocaban a Jehová y el les respondía.”*

Daniel

Existe un paralelo interesante entre las costumbres en la vida de Jesús y una de las personas más impresionantes del Antiguo Testamento: Daniel. Él es uno de los grandes hombres de oración de la Biblia. Tres veces Dios le califica de manera extraordinaria: *“Tú eres muy amado”* (Dn 9:23) (Dn 10:11,19).

Igual que nuestro Señor, Daniel estaba bajo observación constante de sus enemigos envidiosos. A pesar de una atención intensiva no pudieron descubrir ninguna falta en su vida cotidiana, *“porque era fiel”* (Dn 6:5).

Finalmente, sus colaboradores le hacen caer en la trampa, del mismo modo que a Jesús más tarde. Habían observado atentamente sus costumbres de oración, y allí encontraron el punto, donde hacer daño. Con hipocresía lisonjearon al rey Darío y su vanagloria, presentándole una ley para que la firmara, que exigía que durante 30 días ninguna persona en el reino medo-persa pudiera pedir nada de nadie sino sólo del rey Darío.

El rey, en su delirio de grandeza y andando por las nubes por la idea grandiosa de ser adorado y reverenciado como un dios durante un mes, cayó en la trampa y firmó la ley.

Los enemigos de Daniel podían darse con un canto en los dientes: El hecho de orar acarrearía inmediatamente la pena de muerte, y un hombre de oración como Daniel, si seguía con sus costumbres de oración, sería echado al foso de los leones por infringir la ley. ¿Qué hará Daniel? Esa era la cuestión.

Sabían muy bien que Daniel solía orar tres veces al día en su cámara. Y lo hacía en voz alta, de forma que los de fuera lo podían oír. Además con la ventana abierta en dirección a Jerusalén, donde quedaban los tristes restos del templo que una vez fue tan magnífico.

La reacción de Daniel, que era de unos 80 años en ese momento, es impresionante:

(Dn 6:10) *“Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes.”*

Como era de esperar, sus enemigos estaban al acecho y con placer malévolo, y aire triunfante por la insensatez de su compañero aborrecido, que les hacía la vida imposible, le acusan de delito de lesa majestad y de infractor de la ley. Por segunda vez la trampa funcionó.

¿Fue prudente que Daniel orara tres veces al día bajo estas circunstancias? ¿No hubiese bastado una oración antes del amanecer, cuando todos dormían aún? ¿No se puede orar en silencio a Dios, sin ser oído por los demás? ¿Tenía que orar precisamente en el lugar de costumbre, en su cámara? ¿No pudo haber cerrado las ventanas por lo menos, o echar unas cortinas? ¿Por qué Daniel mordió el anzuelo, sabiendo lo que iba a ocurrir?

Para Daniel la lealtad hacia Dios estaba por encima de la lealtad al rey y era más fuerte que su instinto de conservación. Él sabía que apartarse de sus costumbres de oración hubiese sido una traición a su Dios. Así que oró y dio gracias *“delante de su Dios, como lo solía hacer antes”*.

La vida de oración de Daniel no se fundaba en el principio de “gana o desgana”, sino en una costumbre conservada y practicada fielmente durante muchos años con disciplina.

Spurgeon lo expresó así con acierto: “La fe de Daniel no fue el resultado de una pasión, sino el fruto de principios profundamente arraigados”.

David

Este hombre según el corazón de Dios pudo decir de sí mismo:

(Sal 119:164) *“Siete veces al día te alabo a causa de tus justos juicios.”*

(Salmo 119:62) *“A medianoche me levanto para alabarte por tus justos juicios.”*

(Sal 119:147) *“Se anticiparon mis ojos a las vigiliass de la noche, para meditar en tus mandatos.”*

Es triste, pero también hay que decirlo, que David al menos una vez en su vida se apartó de su buena costumbre de buscar a Dios muy de mañana. En lugar de hacerlo se quedó descansando en su cama hasta la tarde. El resto de esta triste historia es bien conocido: debido a ello David se hizo adúltero y más tarde un asesino (**2 S 11**).

Pedro

Parece ser que Pedro también practicó una vida de oración disciplinada después de Pentecostés, a pesar de que por su temperamento posiblemente no le fuera tan fácil.

En (**Hch 3:1**) leemos que subió al templo con Juan *“a la hora novena, la de la oración”*.

Unos capítulos más tarde le hallamos de visita en Jope, y posando en la casa de Simón el curtidor *“Pedro subió a la azotea para orar cerca de la hora sexta”* (**Hch 10:9**).

Aparentemente Pedro tenía sus tiempos fijos de oración, en los que se iba a algún lugar donde pudiera orar sin ser molestado.

Ejemplos de la historia de la iglesia

La historia de la iglesia está llena de ejemplos de hombres y mujeres que oraban con disciplina, a pesar de sus debilidades y faltas humanas. Por eso es muy instructivo y edificante el estudiar la historia de la iglesia y leer buenas biografías, después del estudio de la Biblia.

Algunos autores han descrito muy bien lo provechoso que es leer buenas biografías:

Juan Piper:

“¡Lea biografías cristianas! El hacerlo le hará salir de sí mismo y le trasladará a otros tiempos y otras vidas, para que pueda ver a Jesús con ojos que se maravillan más que los suyos. Halle a los santos de siglos pasados que estaban llenos de la Biblia, que glorificaron a Cristo y que tenían la mira puesta en Dios, y entonces aprenderá de ellos, cómo se lucha por la alegría”. “Las biografías son un buen remedio contra la miopía cultural y el esnobismo temporal”.

D. Martyn Lloyd-Jones:

“El mejor método para mantener a raya la inclinación a la altivez en sus predicaciones o en otras cosas que Usted haga o sea, es leer los domingos por la tarde la biografía de algún gran santo.”

Seguro que no es una exageración afirmar que las personas que Dios pudo usar para Su honra y para bendición de muchos, eran hombres y mujeres que oraban. Aprendieron en la escuela de Dios a pasar un tiempo intensivo con Dios en oración, antes de todas las demás actividades.

Aquí sólo una pequeña selección de entre el gran número de hombres que oraban con disciplina:

I. John Welch (1570-1622)

De este conocido predicador escocés se cuenta que su ministerio tan bendecido como predicador y pastor era debido a su vida de oración intensa. Una vez comentó: “*No concibo cómo un creyente puede pasar la noche entera en la cama sin orar*”.

Cuando por las noches se levantaba para orar, tenía a mano una manta con la que podía arroparse. Cuando su mujer se quejaba cuando le veía llorando de rodillas en el suelo contestó: “Ah, mujer, tengo la responsabilidad de tres mil almas y de muchas de ellas no sé de qué pie cojean.”

Para no molestar por la noche a los vecinos, más de una noche la pasaba orando en su iglesia que se encontraba a las afueras de la ciudad, porque allí podía orar en voz alta sin ser molestado. Cuentan la siguiente anécdota de su vida:

Una noche acudió a su casa un monje itinerante que pedía poder dormir una noche en su casa, lo cual Welch le concedió con gusto. Pero el monje por la noche a penas pudo dormir, ya que un murmullo constante le despertó y asustó. Cuando el monje al día siguiente siguió su camino, se encontró con un campesino que le preguntó donde había pasado la noche. El monje respondió: “Donde el pastor de los hugonotes. Pero me ha sentado mal, porque el diablo vive en su casa; durante toda la noche oí un murmullo constante y estoy convencido de que el hugonote estaba hablando con el diablo.”

Cuando el campesino le explicó que lo que había oído era la oración de costumbre del pastor, se asombró no poco, pues hasta entonces era de la opinión que los protestantes no sabían orar. Así que volvió a John Welch y pidió poder alojarse un par de días más. La noche siguiente oyó otra vez el susurro, fue de puntillas hasta la puerta y oyó como Welch oraba fervorosamente a su Dios.

Esta experiencia fue tan convincente para él que a la mañana siguiente le explicó a John Welch que quería hacerse protestante.

2. Juan Wesley (1703-1791)

Este conocido evangelista del avivamiento, ya de niño fue educado por su madre ejemplar para que llevara una vida de disciplina.

Con 85 años recapacitando su vida pasada, pensó el porqué se encontraba tan bien sin sentir cansancio ni al viajar ni al predicar, a pesar de algunas limitaciones en su salud. Entonces escribió en su diario el 28 de Junio de 1788:

“¿Cuál es la razón por la cual yo soy como soy? Sin duda alguna es el poder de Dios quien me capacitó para la obra a la que fui llamado, hasta que a él le agrade que siga adelante; y en segundo lugar, lo debo a las oraciones de sus hijos.”

Después consideró si había también medios secundarios que habían contribuido a ello y pensó que a lo mejor era también porque “desde hace más de sesenta años me levanto a las cuatro de la mañana.”

3. George Whitefield (1714-1770)

Este amigo de gran talento y compañero de armas de Wesley no se había criado en un hogar cristiano. En una ocasión contó:

“Dios me dé que no olvide que no hace mucho tiempo yo era un borracho común en una taberna y que ahora sería un desgraciado sin apoyo alguno en la vida, si la gracia de Dios no me hubiese arrancado de allí con una fuerza irresistible.”

Siendo un joven estudiante sin medios algunos, conoció en Oxford a los hermanos Juan y Carlos Wesley y el “club santo”, los primeros “metodistas”. En ese tiempo anotó en su diario que de ellos aprendió “a vivir sujetándose a ciertas reglas y aprovechando cada momento, para no desperdiciar el tiempo. Ya sea que comiese o bebiese, yo intentaba hacer todo para la gloria de Dios”.

En aquel entonces ni los hermanos Wesley ni Whitefield habían nacido de nuevo. Sin embargo, un despertamiento espiritual se notaba en ellos. Llevaban una vida de disciplina rigurosa. Cada mañana se levantaban a las cuatro para tener un tiempo devocional personal, dos días en semana ayunaban y escribían su diario para su propio autocontrol constante.

Cuando George Whitefield unos meses más tarde se convirtió tras largas y duras luchas espirituales, comenzó a leer largamente en la Biblia con avidez y regularidad y sistemáticamente: “Aparté todos los demás libros y comencé a leer de rodillas las Sagradas Escrituras orando a cada renglón y en cada palabra”.

Aquí obtuvo el fundamento para su ministerio posterior como evangelista que incansablemente predicaba el Evangelio a muchas miles de personas en Inglaterra y América, a menudo unas 40 horas a la semana.

En sus dos últimos años de vida, un joven vivía como ayudante en su habitación: Kornelius Winter. Era un niño de nadie que vivía en la calle y Whitefield le sacó de allí y le

llevó a Cristo. Después de la muerte temprana de Whitefield a los 55 años, este joven escribió en sus memorias sobre su padre espiritual que conocía muy de cerca:

“Era muy ordenado. Creía que no podía morir tranquilo si no supiese que sus guantes estaban recogidos. Después de las cuatro de la mañana no dormía nunca, y por la noche no se quedaba despierto pasado las diez.”

Hasta el final de su vida conservó la costumbre de leer su Biblia de rodillas y orando sobre lo que leía.

4. Georg Müller (1805-1898)

El “padre de los huérfanos de Bristol” era de joven un señorito, un ladrón y estafador. Después de su conversión fue primeramente misionero entre los judíos en Londres y después fue pastor de una iglesia bautista que bajo su influencia se transformó en una “iglesia de hermanos”. Finalmente fundó en Bristol sus famosos orfelinatos y otras obras de fe.

Su primer orfelinato ya estaba terminado, cuando en el año 1838 enfermó de gravedad y necesitaba urgentemente un cambio de aires.

Durante ese período leyó “La vida de George Whitefield”, una de las numerosas biografías de este predicador del avivamiento. Se asombró de la vida de oración tan disciplinada de este hombre y del hecho de que tenía la costumbre de leer la Biblia de rodillas. Müller escribió entonces en su diario:

“13 de enero. Mucha bendición de la vida de Whitfield. Su gran éxito en la evangelización es evidentemente debido a su rica vida de oración y porque leía la Biblia de rodillas.”

“14 de enero. Día del Señor. He continuado leyendo la biografía de Whitefield. Nuevamente Dios ha bendecido mi alma al leer. Hoy pasé varias horas orando y leí y oré sobre mis rodillas sobre el Salmo 63. Si Dios me restaura otra vez, para poder servir nuevamente en el ministerio de la Palabra, quiero que mi predicación sea más que nunca el resultado de la oración seria y de la mucha meditación, y que camine de tal forma con Dios que de mí salgan corrientes de agua viva”.

“15 de enero. ¡Cuán fácil es orar cuando Dios da el espíritu de oración! Hoy oré tres horas sobre los salmos 64 y 65. Tú oyes la oración.”

Así Dios usó la biografía de Whitefield para fortalecer las convicciones de Georg Müller y para enseñarle la bendición de una vida de oración intensiva. Entonces él también comenzó a leer la Palabra de Dios de rodillas y a pasar temprano por la mañana varias horas en oración y meditando sobre un pasaje de la Biblia. Un año después escribió lo siguiente:

“¿Porqué madrugar tanto? Porque no conviene a un santo perder su tiempo, ya que fue comprado con la sangre preciosa de Jesús, para ponerse a disposición de Dios con todo lo que es y tiene y también con su tiempo. Debemos multiplicar este talento prestado para la gloria de Dios. Para nuestro propio provecho y para bendecir a otros. Además, estar mucho tiempo en la cama debilita el cuerpo, al igual que lo dañamos cuando comemos demasiado. También debilita el alma, porque somos impedidos de orar y de tener tranquilidad espiritual. Pero la persona que antes del desayuno pase dos o tres oras con la Biblia y en oración, ya sea en casa o fuera en la naturaleza, pronto se dará cuenta de la bendición que es, tanto para el hombre exterior como para el interior.”

A.T. Pierson, uno de sus biógrafos, escribió de él:

“Desde los días de John Wesley, posiblemente ningún hombre, aún con largos años de vida, haya obrado tanto como Georg Müller, y con todo, ha habido pocos que se hayan retirado tan a menudo y por tanto tiempo para orar como él.”

5. Robert C. Chapman (1803-1902)

Fue un buen amigo de Georg Müller. Fue conocido también fuera de Inglaterra por su similitud con Cristo y le llamaban “el apóstol del amor”. A las nueve en punto solía decir “buenas noches” para luego levantarse por la mañana a las tres y media. Junto a su cama había una bañera en la que tomaba un baño con agua fría, para después pasar unas siete horas orando y estudiando la Biblia. Su biógrafo escribe de él:

“Robert Chapman realizaba cantidades de trabajo increíbles, pero sin nerviosismo. Su vida era como el fluido constante de una corriente enorme que es mucho más efectiva que un arroyo que corre bulliciosamente.”

Estos pocos ejemplos de entre el gran número de hombres y mujeres de la historia de la iglesia que oraban, están ahí para hacernos ver el valor de una vida de oración disciplinada. Y también nos deben animar a poner la oración en el lugar que se merece en la lista de nuestras ocupaciones y prioridades. Debemos dar más lugar a la oración en nuestra planificación diaria.

La lucha del Señor en Getsemaní

El huerto de Getsemaní, aquel lugar familiar, donde el Señor se había retirado muchas veces con sus discípulos (**Jn 18:2**), es por última vez el escenario de una escena dramática.

Tanto el monte de los Olivos, como Getsemaní (*“prensa de aceite”*) ya por sus nombres indican que en las horas que seguirían el Señor se iba a encontrar con gran presión y aflicción en su alma. Con las palabras *“sentaos aquí, entre tanto que yo oro”* (**Mr 14:32**) el Señor dejó a ocho de sus discípulos a la entrada del huerto, para retirarse con Pedro, Juan y Jacobo más adentro del huerto.

Estos tres discípulos que hace poco habían sido testigos de su gloria en el monte de la transfiguración, vieron ahora a su Señor en gran angustia, cuando *“comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera”* (**Mt 26:37**). Oyeron sus palabras conmovedoras:

(Mt 26:38) *“Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo.”*

Sólo Lucas nos cuenta que el Señor se apartó de ellos a distancia *“como de un tiro de piedra”* para caer sobre sus rodillas y orar (**Lc 22:41**). Mateo y Marcos relatan que orando *“se postró sobre su rostro”* (**Mt 26:39**) y que *“se postró en tierra”* (**Mr 14:35**). Evidentemente no estaba muy lejos, pues los tres discípulos podían verle y oírle. Solo con el Padre y no obstante al alcance de los discípulos.

Hay comentaristas que recuerdan aquí el atrio, el santuario y el lugar santísimo del Templo. Pero más evidente parece el parecido con la escena en Génesis 22, donde Abraham se pone de camino a Moría y deja atrás a sus siervos con el asno diciendo:

(Gn 22:5) *“Esperad aquí con el asno y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos y volveremos a vosotros.”*

La conversación conmovedora entre padre e hijo en el camino al lugar del sacrificio y la pregunta de Isaac acerca del *“cordero para el holocausto”* (**Gn 22:7**) muestran claros paralelos con lo que miles de años después probablemente sintieron el Hijo de Dios y el Padre en el huerto de Getsemaní.

El hecho de que el Señor oró al Padre estando *“a un tiro de piedra”* de los tres discípulos, nos exhorta a nosotros también a considerar esta escena estremecedora con “distancia” y reverencia. No podemos comprender lo que nuestro Señor sufrió en agonía y tormento cuando suplicó tres veces: *“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como tú”* (**Mt 26:39**); sólo podemos vislumbrar un poco de ello.

Sólo Lucas nos cuenta que *“se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle”* (**Lc 22:43**). Sólo él escribe de la *“agonía”* y de la dramática creciente en la cual su oración se hizo más intensa cayendo finalmente *“su sudor como grandes gotas de sangre hasta la tierra”* (**Lc 22:44**).

El terror ante el juicio de Dios sobre el pecado y el hecho de que Él, el puro y limpio de pecado, el Creador y Sustentador de la vida, sería hecho pecado y tendría que morir por ello, estaba delante de Él. Ésta era la *“copa”* amarga que el Señor tuvo que beber en las horas de tinieblas en la cruz.

Sólo en el evangelio de Lucas, que describe a nuestro Señor como hombre perfecto, se nos da una pequeña visión del temor y la angustia que le sobrevino al Señor en Getsemaní.

En **(Lc 4:13)** dice, que el diablo *“después que hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo”*. Esto fue en el desierto, después de haberse bautizado el Señor Jesús al principio de su ministerio. Ahora, en la noche antes de su muerte, el tentador emplea toda astucia en su arte tentador, para hacer que el Señor desobedezca a la voluntad de Dios.

La *“agonía”* descrita por Lucas, indica con qué furia y poder se enfrentó Satanás, *“que tiene el imperio de la muerte” (He 2:14)* al *“Autor de la vida” (Hch 3:15)*. En esta lucha y agonía *“oró más intensamente”*.

En Hebreos hallamos más detalles de esta lucha con gran clamor:

(He 5:7) *“Y Cristo en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas, al que le podía librar de la muerte.”*

Pero entonces llegó el gran momento, cuando la lucha se decidió y Satanás tuvo que irse vencido:

(Lc 22:45) *“Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos los halló durmiendo a causa de la tristeza.”*

¡Qué contraste! El Señor, tras estas tentaciones terribles, decidido a cumplir la voluntad del Padre e ir al Gólgota. ¡Y los discípulos, incapaces de velar ni siquiera una hora con el Señor **(Mt 26:40)**, dormidos de tristeza!

Cuando las sombras horribles de la muerte inminente cayeron sobre él en Getsemaní y su alma estaba abatida y *“triste hasta la muerte”*, entonces como hombre anhelaba la proximidad, la compasión y el apoyo de sus discípulos más íntimos.

(Sal 69:20) *“Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo, y consoladores, y ninguno hallé.”*

Pero ahora, después de que el tentador había sido derrotado y el Señor estaba decidido a recibir y beber la copa de sufrimiento de la mano del Padre, pudo ir a sus discípulos dormidos lleno de benignidad.

(Mr 14:41-42) *“Dormid ya, y descansad ... Levantaos y vamos; he aquí se acerca el que me entrega.”*

Ninguna reprimenda, ningún reproche, ninguna advertencia por su fracaso total. Con palabras clementes, pero sustanciales los despierta y prepara para el encuentro con Judas y su tropa.

Lucas que en su relato no se fija tanto en el comportamiento de los discípulos, sino en la lucha de oración (y él es el que la describe con más detalles), menciona en estos pocos versículos cinco veces las palabras *“oró”, “oraba”, “oración” (Lc 22:40,41,44,45,46)* y cierra su narración con la exhortación de Jesús: *“Levantaos, y orad para que no entréis en tentación” (Lc 22:46)*.

De nuevo queda claro cómo el Espíritu Santo a través de Lucas nos llama la atención sobre nuestro Señor como hombre de oración, y nos lo presenta como ejemplo para impulsarnos y animarnos a imitar su vida de oración.

Aquí hallamos además las últimas palabras que el Señor dirige a sus discípulos antes de su muerte. Poco después, mientras le toman preso, sólo habló unas pocas palabras de aviso a Pedro. Horas más tarde, estando crucificado encomendó su madre a Juan.

Las “*últimas palabras*” de alguien tienen siempre un peso especial y muy a menudo se reflexiona sobre ellas y se citan. En este sentido, debería ser de especial importancia la exhortación de Jesús para nosotros como sus discípulos.

“Si yo pudiera forjar y meter mi corazón en cada sílaba, y bautizar cada palabra con mis lágrimas, entonces os pediría encarecidamente que más que otra cosa seáis celosos en la oración.” (C. H. Spurgeon)

¿Qué podemos aprender de esto?

1. Reconocer la soberanía de Dios

Cuando uno de los discípulos le pidió al Señor que les enseñara a orar, les dio la “*oración de muestra*” tan conocida, en la que Dios mismo pone las prioridades: “*Padre, santificado sea tu nombre*” (Lc 11:2).

En el sermón del monte animó a los discípulos a orar:

(Mt 6:9-10) “*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.*”

En nuestras oraciones también deberían estar al principio la honra de Dios, Sus deseos y Su voluntad, antes que nuestras necesidades y nuestros deseos.

Esto es lo que el Señor hace en el huerto de Getsemaní. En su oración conmovedora no pasa por alto su angustia indecible, pensando en la cruz y su muerte inminente. Pero se somete al plan de Dios y a su voluntad, poniendo la honra de Dios en primer lugar en su oración.

Cuán fácilmente sucumbimos al peligro de querer prescribir a Dios lo que tiene que hacer. Podemos decirle nuestros deseos en confianza y recordarle sus promesas, pero no podemos, arrogantes, hacer de él el auxiliar cumplidor de nuestros propios deseos egoístas.

Pablo recibió de Dios un “*aguijón en la carne*”, una circunstancia no precisada o alguna enfermedad dolorosa, que le debía guardar de enaltecerse (2 Co 12:7-10). Comprendemos bien que Pablo suplicara tres veces al Señor que se lo quitara. Pero el Señor le dio la conocida respuesta consoladora: “*Bástate mi gracia*”.

Después de oír estas palabras, Pablo se sometió bajo la voluntad de Dios y dejó de orar por este asunto. Desde entonces pudo gloriarse de las “*debilidades, afrentas, necesidades, angustias*” e incluso “*gozarse*” en ellas.

2. Estar dispuesto a la lucha

Cuando meditamos sobre la lucha del Señor en Getsemaní se nos abren dimensiones que no podemos sondear.

Pero la Palabra de Dios y la historia de la iglesia y quizá también la propia experiencia pueden enseñarnos en qué puede consistir para nosotros esa lucha en oración.

Para que no haya malos entendidos: No se trata aquí de la oración desafiante practicada en ciertos círculos carismáticos, donde piensan que son capaces de atar o aplastar “*demonios territoriales*”.

Pablo escribe a los Colosenses que su colaborador Epafras, *“un siervo de Cristo”* siempre estaba *“rogando encarecidamente”* por ellos *“en sus oraciones”* (**Col 4:12**).

El misionero David Brainerd que trabajó entre los indios, escribió en su diario en 1742:

“Esta mañana he pasado dos horas en mis deberes privados de oración y así he podido agonizar por las almas inmortales más que de ordinario. Aunque era muy temprano por la mañana y el sol apenas brillaba, mi cuerpo estaba lleno de sudor.”

Y el 29 de Julio de 1746 anotó:

“Por la tarde tuve un tiempo bueno de oración en solitario. Supliqué a Dios por mis amados indios, para que Él continúe su obra de bendición entre ellos. Y noté su ayuda divina en esta lucha de oración. Me costó mucho separarme del trono de gracia y me puse muy triste, porque tenía que irme a la cama.”

¿En qué consiste una lucha en oración?

Parece obvio que algunos comentaristas tratándose de este tema, piensen en Jacob, del cual leemos en (**Gn 32:28**): *“has luchado con Dios y con los hombres y has vencido”*.

Pero la lucha en oración no es solamente un luchar con Dios, sino también una lucha contra nuestra vieja naturaleza y *“contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad”* (**Ef 6:12**).

Es una lucha contra la desgana paralizadora de orar, que nos sobreviene a menudo. Contra el cansancio, contra la premura del tiempo y los trabajos aún por hacer, contra fantasías repentinas y viajes soñados, que el diablo dispara en nuestros pensamientos con todo lujo de variación para estorbarnos o quitarnos de orar. Hallesby escribe de “un resentimiento incomprensible contra la oración, que sentimos algunas veces más y otras menos”.

Jim Elliot anotó en su diario el 15 de enero de 1950:

“Toda la mañana me sentí vacío y sin el contacto con Dios. Estuve mucho tiempo sobre mis rodillas, pero sin fervor y con una desgana enorme de orar.”

La mayoría de los lectores conocerán estas luchas u otras parecidas por propia experiencia. Y confirmarán que diariamente hay que hacer de “tripas corazón” para llevar una vida de oración disciplinada.

Según la encuesta hecha por mí, aproximadamente la tercera parte de los interrogados “sufren” desgana y falta de fuerza para orar, lo cual confirma lo efectiva que es esta arma de Satanás. Spurgeon tiene razón cuando dice que nuestra vieja naturaleza tiene “más de una piedra de molino que hunde, que del vuelo de un águila.”

La oración es luchar contra el viejo Adán dentro de nosotros y es una declaración de guerra a *“las huestes espirituales de maldad”* a nuestro alrededor. Estos enemigos solamente los podemos vencer, si *“velamos y oramos”* con la fuerza que da Dios (**Mt 26:41**) (**Mr 14:38**).

La lucha del Señor en Getsemaní es la última escena de oración de nuestro Señor, que los discípulos advirtieron, aunque a distancia. Las oraciones del Señor en la cruz, no las vivieron los discípulos. Puede ser que Juan haya oído él mismo algunas de las palabras de Jesús anotándolas después en su evangelio, pues según (**Jn 19:26-27**) es el único discípulo que hallamos cerca de la cruz. Todos los demás discípulos habían huido después de la captura de Jesús, o como Pedro, observaron desde lejos lo que ocurría,

“para ver el fin” (Mt 26:58). No como seguidor, sino como observador temeroso y curioso, que pocas horas más tarde le negaría maldiciendo y jurando.

Delante del Señor estaba el camino solitario a la cruz del Gólgota, y en este camino ningún discípulo pudo seguirle. Desamparado de las masas que gustaron su favor maltratado y azotado cubierto de escarnio y pavor. Coronado de espinas con sorna, los discípulos ya no le acompañaban. Traicionado y negado, los adversarios le rodeaban. Así fuiste a la cruz, de Dios el fiel sirviente, impulsado por amor eterno justo y obediente.

Y entonces comenzó la hora más oscura de la historia de la humanidad, en la que Jesucristo fue hecho pecado y castigado por nuestra culpa; en la que fue desamparado por Dios haciéndose nuestro fiador y sustituto.

Son insondables para nuestras mentes estas tres horas terribles en la cruz, cuando en mitad del día el país fue invadido por un eclipse solar repentino. Parece como si Dios corriera una cortina alrededor del incomprensible juicio de Dios contra su Hijo. Ejecutado el único Hombre exento de pecado, puro, obediente y perfecto, en cuyo bautismo, como ya vimos al principio de nuestras consideraciones, se abrieron los cielos y Dios expresó su gozo y complacencia.

Pero ahora, en estas tres horas en el Gólgota, el cielo parecía estar cerrado. El grito estremecedor de Jesús *“Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?” (Mt 27:46)*, aparentemente se extinguió sin ser oído ni contestado en la oscuridad abrumadora en el Gólgota.

Todo el que pueda creer y comprender el milagro de la sustitución confesará con Fritz von Bodelschwingh:

“En santo silencio

estamos aquí en el Gólgota

más y más nos inclinamos

ante el milagro de allá,

cuando el libre se hizo esclavo,

y pequeño el más alto Señor,

cuando el justo por los pecadores

fue a la muerte vencedor”

Pero no permaneció la oscuridad en el Gólgota. Después de las tres horas de sufrimiento propiciatorio oímos el grito de victoria y libertad que en el texto original consiste sólo de una palabra: *“tetelestai”* que se puede traducir como *“consumado”, “pagado”* o *“terminado”* y que nuestras Biblias traducen *“Consumado es” (Jn 19:30)*.

Pero las últimas palabras, la última oración de nuestro Señor antes de su muerte, nos la relata Lucas solamente:

(Lc 23:46) *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”*

Recordemos que su ministerio público comenzó a orillas del Jordán con una oración, y con una oración concluye el Señor su obra para honra de Dios, encomendando su espíritu confiadamente en las manos del Padre.

No sé si habrá un incentivo mayor para buscar vivir una vida para la gloria de nuestro Dios de todo corazón, que considerar la vida y la muerte perfecta de nuestro Señor y Salvador y pararnos a meditarlo.

Ante la cruz hubo sólo una conclusión para Isaac Watts, el autor del conocido himno:

La cruz excelsa al contemplar

Do Cristo allí por mí murió,

Nada se puede comparar

A las riquezas de su amor.

Yo no me quiero, Dios, gloriar

Mas que en la muerte del Señor.

Lo que más pueda ambicionar

Lo doy gozoso por su amor.

Ved en su rostro, manos, pies,

Las marcas vivas del dolor;

Es imposible comprender

Tal sufrimiento y tanto amor.

El mundo entero no será

Dádiva digna de ofrecer.

Amor tan grande, sin igual,

En cambio exige todo el ser.

¿Casa de oración o cueva de ladrones?

(Lc 19:45-46) *“Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él. Diciéndoles: Escrito está: Mi casa, casa de oración es; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.”*

Es sabido que en la vida de nuestro Señor hubo dos purificaciones del templo, la primera, al principio de su ministerio (**Jn 2:13-17**) y la segunda, pocos días antes de su muerte.

En la primera purificación hizo un azote de cuerdas y echó con él fuera del templo a los vendedores y cambistas con sus animales. Después tiró al suelo el dinero y volcó las mesas diciendo a los vendedores de palomas que habían quedado: *“no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado”* (**Jn 2:16**).

Con razón habló del templo como de un mercado, porque los comerciantes legitimados por los sumos sacerdotes hacían buenos negocios con la religiosidad de la gente. Los historiadores cuentan, que estos negociantes sólo aceptaban monedas de Tiro, que eran las que más porcentaje de plata contenían. Cuando un judío venía con monedas de plata romanas, tenía que cambiar las monedas donde los cambistas, con recargo, claro está, para después poder comprar en otra sección el animal que quería sacrificar.

Los líderes religiosos ganaban lo suyo con este sistema casi mafioso, al igual que los cambistas y los tratantes de ganado. Una mano lavaba la otra.

La venta de animales en el templo no estaba prohibida por Dios. En (**Dt 14:24-26**) leemos que si un judío vivía a gran distancia del templo, podía llevar dinero en su bolsa y comprar con él en Jerusalén el animal que quería sacrificar a Dios.

Pero este servicio permitido y útil, con el tiempo se hizo un negocio lucrativo. La religiosidad era comercializada por los “buitres” y su afán de lucro. Eso no sólo existía en los tiempos de Jesús. Ya siglos antes, Dios tuvo que amonestar al sumo sacerdote Elí: *“Habéis hollado mis sacrificios, engordándoos de lo principal de todas las ofrendas de mi pueblo Israel”* (**1 S 2:29**). Siglos más tarde hallamos negocios parecidos entre la cristiandad. Nos estremecemos al recordar el comercio con las bulas de indulgencias y las reliquias de la Edad Media. Y hoy nos asombramos ante perversiones parecidas, también entre los que se denominan “evangélicos” y buscan satisfacer su afán de lucro mediante negocios malévolos bajo pretexto cristiano.

Así por ejemplo, en ciertas iglesias “evangélicas” de los Estados Unidos se puede pedir que “oren” por uno, a cambio de dinero. También se puede alquilar una cita pastoral con algún evangelista prominente a cambio de una suma enorme de dinero. Incluso ofrecen “agua que sana” o “paños curativos” a cambio de donativos adecuados.

Parece no haber límites para la comercialización de la religiosidad. Ya nos hemos acostumbrado a las entradas que hay que pagar para poder asistir a actos religiosos y conciertos cristianos, ni tampoco protestamos cuando predicadores y músicos piden su honorario etc.

Los libros de autores evangélicos de superventas son subastados a los que más dinero dan. Las birrias y los artículos de regalo llenan los catálogos de las editoriales cristianas, que ven pocas posibilidades de sobrevivir, si ofrecen solamente libros.

No sólo en los tiempos de Pablo hubo hombres *“que toman la piedad como fuente de ganancia”* (**1 Ti 6:5**). Hoy muchas iglesias están llenas de ellos, y algunas hacen pensar más en una empresa que en una casa de oración.

La segunda y última purificación del templo, pocos días antes de la muerte de Jesús, fue parecida, pero con otra explicación:

(Lc 19:46) *“Escrito está: Mi casa, casa de oración es; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.”*

En tres años parece ser que el carácter del templo cambió de “mercado” a “cueva de ladrones”. Y, efectivamente, en el versículo siguiente leemos que “los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle” (Lc 19:47).

La codicia y el instinto asesino siempre han sido “parientes” cercanos, y los que hoy denuncian públicamente la codicia de personas evangélicas influyentes, tienen que contar con ser “asesinados moralmente” y es posible que caigan “en manos de ladrones”. Esperemos que al menos ellos, tengan las manos limpias.

Esto sólo entre paréntesis; el tema es sobre todo, el propósito que Dios tenía con el templo: debía ser “casa de oración”.

En el tiempo del Antiguo Testamento, el templo consistía de piedras, mientras que en el Nuevo no se trata de un edificio, sino de “piedras vivas” (1 P 2:5), de hombres y mujeres nacidos de nuevo.

Es triste, pero con el tiempo ha ocurrido un cambio en la comprensión de estas expresiones, a saber, que pensamos en un edificio, cuando se habla de iglesia. Cuando decimos: “Vamos a la iglesia” entonces a menudo nos referimos a una casa o una sala donde se reúne la iglesia. Este malentendido se refuerza aún con los carteles que casi siempre hay puestos en los lugares de reunión, con el nombre de la iglesia.

En Inglaterra y en Estados Unidos algunos grupos denominan su lugar de reunión simplemente “Gospel Hall”, o en Latinoamérica “Sala evangélica” para expresar que la iglesia de Dios no es un edificio de piedra.

La iglesia de Dios, ¿una casa de oración?

El Nuevo Testamento llama “templo de Dios” a la iglesia donde “mora el Espíritu Santo” (1 Co 3:16). También cada creyente en particular es denominado “templo del Espíritu Santo” (1 Co 6:19), lo cual muestra que cada creyente, al igual que cada iglesia, deberían mostrar el carácter de una “casa de oración”.

Recordemos también la conversación de Jesús con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob, donde deja claro que llegará un tiempo donde ya no contará el templo real en Jerusalén o un altar en el monte de Gerizim. Dios quiere ser adorado “en espíritu y en verdad”, porque “el Padre busca tales adoradores” (Jn 4:21-24).

Después que Salomón hubo terminado de edificar el templo en Jerusalén, leemos en (2 Cr 6) como esta grandiosa casa es dedicada con una emotiva oración del rey en presencia de todo el pueblo. La primera parte, más breve, de esta oración es adoración a Dios. La segunda parte, más larga, es petición e intercesión. Con ello muestra el propósito verdadero de la casa de Dios: ¡una casa de oración!

La primera reunión de los discípulos de Jesús después de la ascensión del Señor fue una reunión de oración en un aposento alto. Pocos días después, el grupo de los apóstoles y discípulos estaban todos reunidos juntos el día de Pentecostés (Hch 2:1), cuando fueron llenos del Espíritu Santo. A partir de entonces, leemos siempre que los creyentes alzaban “unánimes la voz a Dios” (Hch 4:24) con el resultado:

(Hch 4:31) *“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con denuedo la palabra de Dios.”*

Cuando Pedro fue prendido por Herodes y metido en la cárcel, el libro de los Hechos nos cuenta: *“pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él”*, en la casa de María *“donde muchos estaban reunidos orando”* (Hch 12:5,12).

La oración en común, unánime y perseverante era la característica de las iglesias en el tiempo de los apóstoles, y después siempre ha sido la característica de todo avivamiento espiritual en la historia de la Iglesia; la iglesia debe ser una *“casa de oración”*.

James O. Fraser, que en los años 1910-1937 trabajó entre los Lisus en China occidental, escribió:

“Debemos orar en todo tiempo, tengamos ganas de orar o no. Si tenemos un sano apetito de orar, mejor; pero si no se hace caso de este hambre ni se satisface, entonces nos haremos indiferentes y seremos debilitados espiritualmente, igual que la falta de alimento debilita nuestro cuerpo.”

Con arreglo a esto, su vida de oración personal era ejemplar, y también las reuniones de oración en las iglesias que habían nacido por su ministerio: *“Las reuniones de oración duraban a menudo hasta la madrugada.”*

Es interesante que ahora el mayor porcentaje de misioneros a nivel mundial viene de Corea del Sur. Eso seguro que es debido a que después de la Segunda Guerra Mundial en Corea nació un poderoso movimiento de oración. El punto de partida fue precisamente la ciudad de Pionyang, hoy capital de Corea del Norte. Esta ciudad que podemos calificar como la central de una de las peores persecuciones de cristianos en todo el mundo, antes de la guerra era conocida como *“la Jerusalén de Este”*. Miles de cristianos se reunían allí cada mañana para orar.

Cuando comenzó la cruel guerra de Corea, donde los comunistas de Corea del Norte querían ocupar Corea del Sur, miles de cristianos huyeron del Norte al Sur, continuando con sus costumbres de oración en su nueva patria. Cada día de la semana los hermanos se reunían en muchas iglesias a las cinco de la mañana para orar juntos.

Esta costumbre ha continuado en algunas grandes iglesias durante décadas y hasta el día de hoy. Un amigo mío, que hace pocos años visitó algunas iglesias en Corea del Sur, me confirmó este hecho. Ya a las cinco de la mañana venían cientos de hermanos para la primera reunión de oración. Y cuando ésta terminaba, venía el próximo grupo, de los que no tenían que comenzar a trabajar a las 7 de la mañana. Y así día tras día y año tras año.

Esta oración perseverante tiene mayor efecto sobre la conversión de personas en todo el mundo que todas las demás estrategias misioneras y programas para el crecimiento de las iglesias. Recordemos la convicción de Tozer:

“El verdadero secreto del éxito de cualquier iglesia es la oración. No nos engañemos: Nuestra pureza, nuestra fuerza, nuestra piedad y nuestra santidad solamente tendrán la fortaleza que tenga nuestra vida de oración.”

Las iglesias que crecen en número, pero con sus reuniones de oración menguando, están gravemente enfermas y viven engañándose a sí mismas. La asistencia y la intensidad de nuestras reuniones de oración son un espejo de nuestra vida de oración personal. La persona que en casa normalmente suele orar unos cinco minutos, poco interés tendrá en orar con su iglesia 50 minutos.

El análisis subsiguiente de la encuesta sobre las reuniones de oración hace patente lo siguiente:

- En la mayoría de las iglesias la reunión de oración es la que menos asistencia tiene.
- Cada vez más iglesias han optado por reunirse solamente cada dos semanas a orar.
- En muchas iglesias se ve claramente la tendencia de cambiar de sitio la reunión de oración de la iglesia, repartiéndola en varias reuniones caseras, con la esperanza de que en este ambiente más libre quizás se ore más.
- En muchas iglesias faltan los hermanos jóvenes en las reuniones de oración, o son muy pocos los que asisten.

Hace unos meses visité una joven iglesia, dinámica, atractiva y creciente. Fue para mí una experiencia destacada: Un edificio estupendo. Perfectamente acondicionado y con buenísima acústica y refrigeración. Unos 120 a 150 asistentes, entre ellos familias jóvenes. Un ambiente abierto y afable. Pero, mucho programa de entrada y sólo unos 30 minutos para la predicación. Cuando al final del culto me quedé hablando con algunos hermanos allí, les pregunté por la reunión de oración. Primero hubo un silencio precario, y después la respuesta abrumadora: “Cada semana tenemos un culto de oración, pero por lo general vienen sólo unos diez hermanos. La semana pasada fuimos sólo cuatro. Ni un joven asistió”.

Lamentablemente, esta experiencia no es nada excepcional. También es asombroso que a menudo son los ancianos de la iglesia o los responsables de la iglesia los que asisten poco o incluso no aparecen.

De una gran iglesia, conocida por su fidelidad a la Biblia y por su disciplina, se cuenta que uno de los ancianos había propuesto una división del trabajo, por estar tan sobrecargado: “Vosotros oráis, y yo preparo el sermón”. Esta propuesta del líder de la iglesia dice mucho sobre su valoración de la oración en la iglesia.

Las siguientes observaciones son también tristes hechos:

- Las reuniones de oración son a menudo insípidas y aburridas.
- Casi siempre oran los mismos cuatro o cinco hermanos, el resto se niega permanentemente a participar.
- La palabrería general tiene un efecto adormecedor.
- A menudo se ora por “deber”, sin emoción y sin verdadero interés.
- Muchas oraciones son infinitamente largas y poco concretas.
- Se ora por Groenlandia y Suráfrica, pero no por las necesidades urgentes y candentes de la propia iglesia. Apuros y aflicciones que todos conocen, pero que nadie se atreve a expresar en oración. ¡Entonces seguro que todos estarían bien despiertos!

Razones para el desdén en contra de la reunión de oración:

- “El culto de oración no me da nada, ¿de qué me sirve?”.
- “Orar puedo orar en casa igual”.
- “El culto de oración es aburrido, ya sé de antemano lo que van a orar los hermanos X e Y”.
- “Siempre me duermo en el culto de oración. Entonces prefiero quedarme en casa”.
- “No puedo concentrarme al orar, los pensamientos salen de viaje”.

Podríamos mencionar aquí otros muchos argumentos que explican porqué no se asiste o no se asiste con gusto a la reunión de oración. A esto hay que decir lo siguiente:

- Los cultos de oración no están para que recibamos algo, sino para dar: tiempo, interés y cuidado por los asuntos de Dios y las alegrías y sufrimientos de nuestros hermanos en la fe.
- Por supuesto que se puede y se debe orar en casa. Pero Dios ha dado una promesa especial para la oración en común y perseverante (**Mt 18:19-20**). Pero este hecho exige que en la reunión de oración se ore específica y concretamente por las necesidades y asuntos de la iglesia. Entonces, la persona que ora públicamente es el portavoz de la iglesia frente a Dios, y los hermanos presentes lo confirmarán con un “amén” (= que así sea) en alta voz; ojalá sea así.
- La reunión de oración no es el lugar donde cada cual puede derramar sus peticiones y asuntos personales delante de Dios. Eso puede hacerse en círculos de oración aparte o en casa a puertas cerradas. En la iglesia deberíamos orar específicamente por los asuntos comunes. Naturalmente los hermanos en situaciones difíciles o con necesidades personales pueden pedir que se ore por ellos allí, y entonces la petición personal se convierte en petición común.

Abogando por la reunión de oración de la iglesia

- Podemos estar muy agradecidos, cuando dentro de una iglesia se forman círculos de oración separados, de hermanos, hermanas, matrimonios, jóvenes y jubilados, que se reúnen regularmente para orar por temas concretos. Pero, con todo, ¡no pueden ser sustituto de la oración unánime de la iglesia reunida!
- La condición para que Dios pueda contestar a la oración de la iglesia es, a parte de la pureza y la santidad práctica, una coincidencia espiritual y unanimidad. Si en una iglesia se toleran las riñas, desacuerdos, intransigencias y amarguras, entonces la reunión de oración se convertirá en una farsa.
- Es bueno y útil nombrar los temas de oración concretos antes de empezar a orar.
- La “oración perseverante” no significa que un hermano ore por largo tiempo hasta cansar a todos los demás. Cuanto más hermanos oren uno tras otro con ahínco y perseverancia por un asunto concreto, mejor.

Por último un par de consejos

- La persona que ora en público deberá hacerlo con voz alta y de forma que todos puedan oírle, para que con convicción puedan decir “amén” al final. Será necesario exhortar amablemente a los hermanos que piensen que una oración susurrada y con voz llorona refleja más humildad y especial espiritualidad.
- “Las oraciones cortas son lo suficientemente largas” solía decir Spurgeon. ¡A su reunión de oración semanal asistían unas 1000 personas! Una característica de los fariseos es que entre otras cosas, decían oraciones largas por pretexto (**Lc 20:47**). Aunque hay excepciones, la experiencia muestra que aquellos que oran largamente en público, por lo general no pasan mucho tiempo en su aposento orando a puerta cerrada (**Mt 6:6**). El que llena su escaparate de mercancía, raras veces tiene los almacenes llenos.

- La oración en el culto de oración no debe consistir de indirectas contra alguna persona presente, o ser abusada para predicar y exhibir los propios conocimientos de la Biblia.
- Las oraciones deben ser concretas y específicas. Presenta uno o dos temas delante del Señor sin rodeos. Se puede aplicar también a la oración el consejo de Lutero “Levántate deprisa, abre la boca, y termina pronto”. Cuando el hábil arquero Robin Hood sacaba su temido arca y las flechas, no lo haría manoteando con aire teatral y ruidoso, sino que apuntaba y tiraba, así de fácil. Otra vez Spurgeon nos da un sabio consejo: “Nuestra oración no necesita largura, sino fuerza. La urgencia de nuestra petición es un maestro excelente para enseñarnos la brevedad. Si nuestras oraciones tuvieran menos plumaje decorativo y más vuelo de fe, les iría mucho mejor. Las muchas palabras son para la religiosidad como la paja para el trigo”. En 30 o 60 segundos es posible decirle al Señor uno o dos temas en concreto. Si la reunión de oración dura una hora, entonces se pueden hacer de 40 a 50 oraciones, calculando un par de segundos de silencio entre ellas. Si muchos hermanos oran con brevedad, sustanciosamente, concretos y de todo corazón, entonces difícilmente se dormirá alguno de los presentes. Y si hubiera alguno, en seguida se despertaría con el “*amén*” de todos. Y así el culto de oración puede convertirse de nuevo en una reunión de importancia elemental que nadie querrá perderse.

La forma exterior

El Nuevo Testamento no nos da instrucciones detalladas para la reunión de oración, indicando cómo y cuántas veces por semana debería tener lugar. Si se canta un himno para comenzar, o se leen algunos pasajes de la Biblia, o si alguien dice un par de pensamientos sobre el tema de la oración, o si la reunión comienza con la mención de los motivos de oración, eso no lo tenemos en el Nuevo Testamento.

Tampoco está prescrito si hay que arrodillarse, estar sentado, de pie o postrado en el suelo. Sin embargo hallamos instrucciones muy claras acerca de la condición espiritual requerida para orar, y eso, sin duda, es más importante que el marco exterior:

(1 Ti 2:8) *“Quiero pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda.”*

Cambiar la organización para avivar las reuniones de oración sólo producirá un cambio pasajero, si es que hay un cambio. Si los hermanos particularmente no sienten su dependencia del Señor y no conocen en su vida personal la oración con intensidad, entonces fracasarán todos los intentos de reanimación artificial. El avivamiento comienza en el corazón de cada uno en particular.

(2 Cr 7:12-15) *“Y apareció Jehová a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio. Si yo cerrare los cielos, para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos, y atentos mis oídos, a la oración en este lugar.”*